HEROES ESPACIO

BRUGUERA

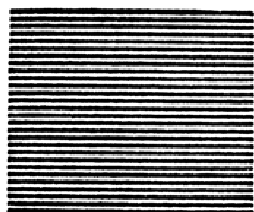
BOLSILIBROS

FUTURO

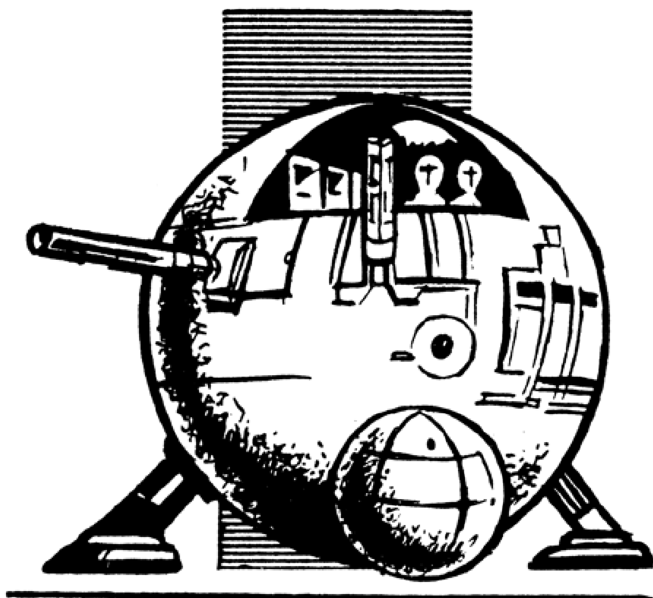
ENEMIGO DE LA COFRADIA

A. THORKENT





héroes del ESPACIO





ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

170. — *La Nave Maldita* — Lem Ryan
171. — *Regreso a la Tierra* — Law Space
172. — *Agujero cósmico* — Alex Simmons
173. — *Escalera al infinito* — Clark Carrados
174. — *Guerra de cerebros* — Joseph Berna
175. — *Espada y brujería* — Lem Ryan

A. THORKENT

ENEMIGO DE LA COFRADÍA

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 176
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

CAMPS Y FABRES. 5 BARCELONA

ISBN 84-02-09281-0
Depósito legal: B. 26.347 – 1983

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en España: septiembre, 1983
1ª edición en América: marzo, 1984

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera. S. A.**
Parets del Vallès (N-152. Km 21.650) Barcelona – 1983

CAPÍTULO PRIMERO

El Delegado Tingall se encontraba aquella mañana muy relajado, tumbado cómodamente junto a la gran ventana. Se había quedado adormilado más de una vez y cuando despertaba ahogaba un bostezo y volvía a cerrar los ojos.

De pronto sintió sed y se hizo servir una bebida fresca del suministrador que permanecía a su lado. El vaso con escarcha en los bordes le resultó agradable y sonrió.

Bebía despacio cuando la puerta del despacho se abrió y entró un individuo que en lugar de caminar por la gruesa alfombra parecía flotar sobre ella. Se detuvo a dos metros de su jefe y, después de inclinar un poco la cabeza, dijo respetuosamente:

—Señor, el Mayor Inspector ha llegado.

Tingall apartó el vaso de sus labios gruesos, alzó una ceja y gruñó algo que su secretario, Bruce Mortimer, no entendió.

—¿Joron Yukai aquí? —preguntó.

—Ayer solicitó verle y usted le dijo que viniera esta mañana, después de que despachara con el Presidente.

El Delegado se incorporó y dejó el vaso sobre el suministrador, que lo hizo desaparecer en el acto. Pulsó un botón y el asiento se encogió un poco y lo traslado hasta la larga mesa de cristal verde. Tingall apoyó sus brazos en ella y miró a Bruce.

—Lo había olvidado totalmente —se lamentó—. ¿Sabes para qué quiere verme ese tipo tan desagradable?

—Cumple con el protocolo, señor —sonrió tímidamente Bruce—. El mayor Yukai solicitó un permiso especial y se le concedió. No hay duda de que viene a despedirse.

—¿Quién le suplirá?

Bruce se lo dijo.

—Ah, es un funcionario eficiente. Espero que algún día ocupe el puesto de Joron con más eficacia —Tingall se rascó la barbilla. Se miró el dedo impregnado de maquillaje dorado. Frunció el ceño. No era de buena calidad, pensó—. No tendré más remedio que verlo.

—Señor…

Tingall se limpió el dedo frotándolo en su chaqueta y miró al secretario.

—¿Sí, Bruce?

—Hace exactamente tres semanas usted me preguntó si el Presidente, después de ser reelegido, debía confirmar en su cargo al mayor Yukai.

—Y tu respuesta fue ambigua —gruñó el Delegado.

Bruce esbozo una pequeña sonrisa.

—Me puso en un aprieto, señor. Todavía no hace un año de aquel desagradable incidente...

—Oh, no me lo recuerdes. La ciudad se convirtió en un infierno, al menos para mí, aunque los ciudadanos no se percataron, afortunadamente, de nada. Quizá debí entonces destituir a Joron, pero las elecciones estaban muy cerca y no quería dar pie a la oposición a levantar una polémica y al final saliera a relucir todo.

—¿Alguna vez temió que nuestro Presidente no fuera reelegido, señor? —preguntó con cierta ironía el secretario.

—Claro que no, Bruce —rio Tingall de buena gana—. Pero así la victoria de nuestro mandatario ha parecido más verosímil. No están los tiempos para cambios profundos en el gobierno, no mientras en la sombra conspiren personas más peligrosas que los miembros del partido contrario.

—Todo esto lo pensé cuando usted me preguntó si Yukai debía seguir al frente de Seguridad, señor. Consideré que sí, aunque todo quedaba supeditado a su última palabra.

Tingall hizo un ademán con las manos, ambiguo.

—Bueno, hace tres semanas dudaba si Joron debía ocuparse de *ese asunto tan delicado*, Bruce. Ya lo hizo una vez y creo que esta vez sus escrúpulos le hubieran colocado en una posición delicada —entornó los ojos—. Sí, creo que unas vacaciones sentarán bien a nuestro Mayor Inspector. Ojalá se marche al otro lado de la galaxia, y cuando regrese todo haya pasado. ¿Cuánto tiempo estará fuera de la Tierra?

—Un mínimo de un mes y un máximo de tres.

—Más que suficiente. Bien, Bruce, dígale que pase. Lo atenderé y le desearé que se divierta.

Bruce asintió y se retiró. Al quedar solo Tingall pensó en su entrevista con el Presidente, finalizada hacía una hora. Había sido satisfactoria en su totalidad. El Primer regidor de la Sede Terrestre y Consejero de la Unión de Subsedes Estelares quedó complacido

cuando el Delegado le aseguró que todo el asunto estaba bajo control y quedaría concluido en pocos días.

El Delegado sacó un espejo y se retocó el maquillaje del mentón, añadiendo un poco de polvo dorado. De todas formas se iba a quejar a su proveedor. Se preguntó si durante su entrevista con el Presidente a través del video él presentaba un aspecto no muy correcto.

Hacía un mes todavía dudaba si ordenar o no a Yukai que llevase a cabo la misión que sólo conocían cuatro personas en la Tierra. El Presidente, el Planificador Kadoroe, su secretario Bruce y él mismo. Un quinto hombre que se integrase en el plan, y sobre todo si se trataba de Joron Yukai, podía ser funesto. Por el momento, en cierto asunto, era más conveniente dejar aparte el Mayor Inspector.

En absoluto dudaba de la capacidad de Joron y su fidelidad, pero lo ocurrido un año antes le incapacitaba totalmente para tratar con gente que debía odiar profundamente.

Se abrió la puerta y entró el Mayor Inspector Yukai. Desde su mesa, Tingall lo observó mientras caminaba por la alfombra. Era un hombre fuerte, de mediana estatura y unos cuarenta años, aunque aparentaba algunos menos, no muchos. Repudiaba las modas masculinas y a veces parecía un tipo sacado de alguna holografía antigua, aunque quizá su vulgaridad resultaba su mejor arma, ya que lograba confundirse con la multitud anodina en cualquier ciudad, en cualquier planeta y en cualquier Subsede o estado no integrado.

Tingall se fijó en el hombro derecho de Joron. Casi soltó una carcajada al verlo liso, igual al izquierdo, y reprimió su deseo de preguntarle al respecto, interesarse por la conciencia del Mayor. ¿Cómo la llamaba ahora? Ah, sí. Salomón. Se imaginó diciendo: «Hola, Mayor Yukai, celebro verle. ¿Cómo estás Salomón? ¿Cómodo en ese hombro un poco estrecho? ¿Te llevas bien con tu amo? ¿Le aconsejas debidamente?» Por el contrario, dijo muy serio:

—Buenos, días, señor Yukai. Siéntese, por favor, —y le señaló una silla que flotó rápidamente desde el fondo del amplio despacho hasta cerca de la mesa.

—Buenos días señor. Gracias —replicó Yukai con su característica voz suave. Se acomodó y cruzó las piernas.

—Hace un día magnífico —sonrió Tingall—. Después de despachar con el Presidente me quedé un rato mirando a través de la

ventana. La ciudad parece hoy muy tranquila, ¿no?

—Si descartamos los veinte o treinta asesinatos, los cien atracos, doscientos...

—Calle, calle —saltó Tingall alzando una mano—. Creí que hoy comenzaba su merecido descanso, Yukai.

—Así es, señor, pero son estadísticas medias. Mi sustituto tendrá mucha tarea hoy, a pesar de que hice que el sol y los acondicionadores de la ciudad funcionen correctamente, logrando un grado mínimo de contaminación. Ojalá siga adelante el proyecto de saneamiento.

—Oh, sí. El secretario para el medio ambiente me ha asegurado que los fallos no volverán a suceder. Pero bien, usted no ha venido aquí a hablarme del tiempo, ¿no?

—Efectivamente, señor —Joron sacó de un bolsillo un estuche de metal muy delgado—. Ni siquiera mi sustituto puede hacerse cargo de los secretos de mi Departamento. Mientras yo estoy fuera de la Tierra, como me obliga la ley, usted debe ser el depositario.

Tingall cogió el estuche con dos dedos, como si temiera quemarse con su contacto. Con cuidado lo echó al interior de un cajón de su mesa. Sonrió y miró a Yukai.

—Formalidad cumplida. ¿Ha dicho que piensa salir de la Tierra? ¿Puedo saber adónde irá?

—Por supuesto, señor. ¿Conoce Alther Tres? —Al manifestar el Delegado su ignorancia con un movimiento negativo de cabeza, Joron añadió—: Es un mundo encantador, de clima suave. Posee unas playas de arena dorada y las aguas son tibias. Es bastante costoso, pero puedo permitirme ese lujo.

—Un centro para millonarios, ¿no? No pensé nunca que pudiera permitírselo, Joron.

—Tengo algo ahorrado, señor. Mis últimos cinco años sin vacaciones me han facilitado mucho el ahorro.

—Capto en su tono cierta censura...

—Nada más lejos, señor —sonrió Joron—. Es un comentario, una explicación a su extrañeza.

—No me interprete mal, mi querido Mayor. El Gobierno le debe mucho. De alguna manera debería compensar sus desvelos durante estos últimos años en el Departamento y, sobre todo, los dos que lleva ostentando el cargo de Mayor Inspector. Su antecesor... Bueno,

es mejor que nos olvidemos de su antecesor, ¿no le parece?

—Desde luego, señor.

Yukai disimuló la sonrisa que le provocaba el Delegado. Notaba la mirada de Tingall clavada en su hombro derecho. Por un momento estuvo a punto de explicárselo todo. Hubiera sido una forma de reírse de él, pero optó por callar. Mejor que creyera que su *conciencia*, como él mismo la llamaba y también quienes le conocían, estaba en su residencia, bien guardada.

Cada vez era menor el número de gente que usaba semejante artilugio adosado al hombro. Además de ser costosa su adquisición, la moda prohibía que en la indumentaria masculina existiera tan notable asimetría.

—¿Por qué parte de la galaxia está Alther Tres, Yukai?

—Pertenece a la Sede Terrestre, señor —Yukai arrugó la nariz un poco exageradamente—. No me gustan los mundos que no pertenecen al Gobierno de la Tierra, ni siquiera al Consejo, como las Subsedes.

—Y, por añadidura, en absoluto los planetas de los estados no integrados, ¿verdad?

—Así es, señor.

—Magnífico, Mayor —dijo Tingall levantándose—. Sé que puede estar fuera de la Tierra de uno a tres meses. Espero que cuando volvamos a vernos posea en su piel un bronceado de buen tono, ese color de piel que algunos gustan todavía. Siempre pensé que usted es una reminiscencia del pasado, con sus placeres naturales pero muy aburridos. Le deseo que se divierta.

Le tendió la mano grande y fofa, que Yukai estrechó con cierto reparo.

—Gracias, señor —dijo.

—¿Viajará solo?

—Sí.

—Oh, lo decía porque tengo entendido que vive solo, nada de compañía de ninguna clase. No quiero ser indiscreto, entiéndame.

—Le entiendo, señor. En Alther tendré todo cuanto necesite.

—Sí, claro. Permítame que le acompañe hasta la puerta.

—Es usted muy amable, señor.

Como si el secretario lo hubiera estado escuchando todo, la puerta se abrió y Bruce apareció en el umbral. Se apartó para dejar

paso a Joron Yukai, saludándole con una inclinación de cabeza.

—¿A qué distancia está Alther Tres de la Tierra, Bruce? —preguntó Tingall regresando a su asiento.

—A doce años luz, señor. Está muy cerca.

El Delegado desplegó el asiento y una vez trasformado en cómodo lecho ahogó un bostezo.

—¿Desea que ordene que el Mayor sea vigilado, señor? —preguntó Bruce.

—¿Vigilado? ¡Qué palabra más fea! No debe ser usada con uno de nuestros más fieles servidores, Bruce.

—Lo siento, señor. Quise decir *custodiado*. El Mayor debe tener enemigos.

—Él sabe cuidarse. Estoy seguro que saldrá de la Tierra con nombre supuesto. Le gusta hacer así las cosas. Además, es un tipo que pocas veces se ha dejado ver. Sólo sus más íntimos colaboradores conocen su fea cara. Puede mezclarse en cualquier parte y nadie podrá suponer que es el responsable de la Seguridad de la Sede Terrestre.

—¿Entonces…?

—Debemos dejarlo tranquilo. Que disfrute.

—Se hará como usted desea, señor. De todas formas ya tenía preparado algunos agentes de nuestro equipo para ir detrás del Mayor.

—Pues diles que se vuelvan a sus casas.

—Lo haré.

—¿Algo más, Bruce?

—No, señor. Hoy no recibirá a nadie más.

—Magnífico. Deseo descansar. Esta noche hay una fiesta en el palacio presidencial, una de esas aburridas fiestas en las que no podré divertirme en absoluto, ni siquiera usar mi maquillaje preferido, ya que al Presidente le agrada más la moda algo conservadora.

—Señor…

—Ah, ¿todavía estás ahí? —preguntó Tingall con los ojos cerrados.

—Me extrañó mucho que el Mayor no llevara su archivo personal…

—*Conciencia*, Bruce. Se llama *conciencia*. Y él la bautizó con el

nombre de Salomón.

—Lo sé, señor. ¿Le dijo por qué no la lleva?

—No, ni yo le pregunté. Tal vez se haya cansado y la tiró hace unos días al retrete, porque desde hace dos semanas, en las tres ocasiones que he tenido que verle, no la llevaba encima

—No le molestaré más, señor. Le deseo un feliz sueño.

—Esta cama se encargará de proporcionármelo, Bruce. Despiértame dentro de una hora.

Mientras el secretario se marchaba, Tingall susurró:

—Yukai dejará en una cámara de seguridad su *conciencia*. Sería ridículo que se tumbara en la arena llevando ese incómodo trasto en el hombro.

Se rio un poco y en seguida quedó profundamente dormido, bajo la influencia oscilante y embriagadora del lecho.

CAPÍTULO II

—¿Ha sido satisfactoria la prueba?

Joron asintió.

—Desde luego —entró en el vehículo y sólo cuando lo conducía por los niveles intermedios de la gran avenida, respondió—: Si has pasado por los controles de la residencia del Delegado significa que nadie sospechará que estás aquí encima

—Sólo necesitarías franquear la entrada del palacio presidencial —dijo la voz, de tono algo infantil.

—No necesito asegurarme más, Salomón. Esta noche embarcaremos rumbo a Alther Tres.

—Te noto excitado, amo.

—Un poco, lo admito. Es como si hubiera rejuvenecido un montón de años. Esta sensación que experimento, vulnerando las propias leyes que yo debo hacer guardar a los demás, es excitante.

Yukai soltó una risa y maniobró para elevar su coche hasta el nivel más rápido.

—Amo, si vamos a Alther Tres primero y luego buscamos un medio de transporte hasta tu… digamos destino provisional, perderemos unos días.

—Lo sé; pero no quiero arriesgarme. Bruce Mortimer es un perro viejo, menos incrédulo que su jefe Tingall. En estos momentos puede estar enviando a varios agentes tras mis pasos.

Joron consultó el panel de instrumentos de su vehículo. Allí, en una pantalla pequeña se reflejaban los coches que le seguían. Si alguno de ellos permanecía más de cinco segundos en actitud sospechosa, quedaba automáticamente registrado y un minuto más tarde era catalogado como peligroso al seguirle insistentemente. Pero hasta el momento ninguno parecía estar detrás de la estela del coche del Mayor, y esto le tranquilizó bastante.

—Aunque al mismo tiempo me preocupa —musitó Yukai.

—¿Qué dices? —preguntó Salomón.

—Hablaba conmigo mismo. No puedo creer que Tingall deje de vigilarme hasta que esté tostándome en las playas de Alther Tres.

—Jefe, yo lo encontré algo preocupado.

—¿Tingall? Bah, se toma la vida como siempre. Es inteligente, no

lo dudo, y un buen consejero del Presidente, pero jamás lo traté lo bastante como para calibrar al máximo su listeza. Sin duda debe tenerla. Está demostrado porque permanece en el mismo puesto desde hace dos lustros. Aparte del Planificador Kadoroe es el hombre más importante, políticamente hablando, de la Sede Terrestre.

—¿Incluso más que el Presidente Kendall?

—Kendall no podrá ser reelegido la próxima vez, pero en cambio Tingall seguirá sirviendo al nuevo Presidente si pertenece al mismo partido que el actual en el poder. Por lo tanto, Tingall es más poderoso que Kendall y quien le suceda.

Yukai volvió a comprobar que no era seguido. Resopló aliviado y descendió hasta las corrientes más lentas. Pronto llegaría a su nueva residencia, que ocupaba desde hacía casi un año. A raíz de los sucesos ocurridos entonces decidió cambiarse por otra, tan anodina como la anterior, y al igual que ésta sólo conocida por un número muy reducido de personas. Entre las cuales no se encontraba, para tranquilidad suya, el Delegado Tingall.

El Mayor Inspector esbozó una sonrisa amplia. Salomón no podía verle, aunque a veces, cuando él lo permitía, podía meterse en su mente y leer sus pensamientos. Ahora lo dejó fuera. El ordenador colocado sobre su hombro, a lo largo de la piel, de apenas el grosor de tres milímetros, como un tejido grueso y algo pesado, debió captar que él prefería aislarse y respetó su deseo.

Yukai recordaba a su anterior *conciencia,* a Rey David, la pequeña pirámide de metal de quince centímetros de altura, excesivamente llamativa. Por eso sonreía. Cuando adquirió a Salomón para sustituirla, decidió que su primitivo aspecto debía ser modificado. Aparte de que no quería que le recordaba a Rey David, era preciso que su almacén de datos, su fiel consejero, no fuera visto ni siquiera detectado por los aparatos más sensibles. Por lo tanto, la compañía diseñadora de Salomón tuvo que trabajar duro para convertirlo en algo que no tuviera en su composición nada de metal. Salomón era casi un organismo orgánico, sus células de plata transformadas en un compuesto semivivo. Resultó costoso, pero el resultado bien valía la pena. Los ingenieros, de toda confianza, le aseguraron que no habría más ordenadores como Salomón en el mercado. Con él se rompía el molde. La influencia de la moda era demasiado grande y los hombres de negocios, los líderes de los bajos fondos y demás personas metidas

en la política, no querían poseer *conciencias*, visibles o no para los demás.

Yukai no quería distinguirse de la masa cargando en su hombro a un Salomón que sólo le faltaba tener luz para atraer más las miradas curiosas. El tejido flexible se adaptaba a la carne de su hombro derecho y la ropa hacía el resto para hacerlo inadvertido.

—Salomón... —dijo Yukai.

—Dime, amo.

—¿Merece la pena dar un rodeo, pasando por Alther Tres, para terminar en Hamende?

—¿Estás pensado correr el riesgo de que Tingall averigüe que no tienes el propósito de descansar?

—Sí. Ganaríamos cuatro días.

—Entonces cancela el billete para Alther Tres y solicita uno para Hamende.

—No directamente a Hamende, lo sabes. No podría.

—Quise decir que tendría que ser hasta el Borde de la Subsede de Lebaa. Todavía parten desde allí naves hacia los mundos no integrados, y Hamende es de los menos integrados en la galaxia.

Yukai enarcó una ceja. ¿Tenía Salomón un sentido del humor que él no captaba a veces? Podía considerar como un chiste lo que había dicho al afirmar que Hamende jamás se integraría en alguna Subsede de la Tierra. Por supuesto que no. Ni regalado lo querría el Gobierno de Kendall.

—Recogeré mi equipaje y nos marcharemos directamente al Gran Astropuerto. Necesitaré tiempo para hacer el canje.

—¿Decidido entonces?

—La ansiedad puede resultarte perjudicial, amo.

—La reprimiré en su debido momento.

—Lo cierto es que estás impaciente por tenerlo en frente, encañonado por tu pistola.

—Eso sería una locura. Primero lo mataré y luego le diré que me alegro mucho viéndole hecho un guiñapo. Con los Asesinos, Salomón, no se puede jugar.

—Oh, sé que tú no harías eso jamás. ¿Qué iba a ser de tu satisfacción si lo matas sin que él sepa que se trata de ti?

—Tienes razón, como casi siempre.

—¿Casi siempre? —La voz de Salomón era de despecho—. ¿Estás

insinuando que tal vez yo esté equivocado y Alone Starsilver no se encuentre en Hamende para la fecha que te he dicho?

Yukai apretó los dientes. Durante casi un año había estado vertiendo en Salomón, en su versión metálica y piramidal, todo cuanto él sabía acerca de la Cofradía de Asesinos Estelares, y sobre todo transmitiéndole los miles de trabajos realizados desde hacía tres siglos por cuantos se atrevieron a investigarla, aunque la mayoría eran sólo unos autores con más fantasía que datos fidedignos.

Luego hubo una pausa, cuando los creadores de Salomón lo transformaron en un ente orgánico, aunque respetando sus bancos de memoria, a los que sólo Yukai podía tener acceso. Fueron unas semanas en las que se sintió como desnudo ante todos. Era ya mucho tiempo el que llevaba teniendo encima la conciencia artificial para no echarla de menos.

—Si nos equivocamos, la culpa será de los dos, Salomón. Hemos discutido durante muchas noches este asunto, analizando cuantos hechos que podían ser atribuidos a la Cofradía ocurrían en los mundos donde legalmente puede operar, incluso en los que sólo son tolerantes con los cofrades porque a cambio obtienen regalías por cerrar los ojos.

—Y hemos descartado a los cofrades que no dejan el tufo que suele dejar Alone.

—Oh, él no apesta —rio Yukai.

—Pero es el mejor, ¿no?

Yukai deglutió, asintió con la cabeza como si Salomón pudiera verle, y dijo:

—Es el mejor, no hay duda. Tengo una cuenta pendiente con él. Desde hace un año.

—Yo también, amo.

—¿Tú?

—Sí, no olvides que hasta cierto punto soy una copia de Rey David, mi hermano.

—Rey David tuvo parte de culpa de que Alone lo destruyera. Lo recibí de mi antecesor. Entonces no lo aprecié mucho, no me gustaba la moda de las *conciencias*; pero al cabo de algún tiempo no sabía moverme sin esa pirámide de plata que sólo apartaba de mi hombro para dormir. ¿Sabes? Rey David debió decirme a tiempo todo cuanto él sabía acerca de la Cofradía.

—¿Por qué no lo hizo?

—No lo sé. Tal vez porque perteneció antes a otro hombre, yo no había sabido captarme su confianza o él no consideraba llegado el momento de revelarme sus conocimientos de la Cofradía para poder acabar con ella, aunque estuviera en un mundo donde la Sede no posee autoridad. El anterior Mayor Inspector murió debido a causas desconocidas y yo le sucedí, y tuve que contratar a Alone para un trabajo algo sucio en beneficio del Gobierno de la Tierra. Cuando Alone se presentó en la ciudad pensé que venía para cumplir un contrato, para matar a alguien importante. A las pocas horas empecé a sospechar que yo era su víctima y me encerré en el edificio de la Seguridad. Luego...

—Sé el resto, amo. Saliste pese a que Rey David se oponía.

—Ni siquiera entonces Rey David me dijo que Alone había llegado a la ciudad para destruirlo a él, para que cuanto sabía de la Cofradía no pudiera ser usado contra ella.

—Quizá a Rey David le faltaba todavía algo vital.

—Pensemos que fue por eso, Salomón. Espero que tú no seas tan reservado como tu... hermano o lo que sea.

—Oh, no. Yo quiero que tú acabes con Alone. Vengarías a Rey David.

—¿Puedes tener sentimientos humanos, deseos de venganza?

—No son exactamente sentimientos, amo. Es una justificación a mi trabajo, a mis esfuerzos de estos últimos meses. Pero hay algo...

—¿El qué?

—Al principio, cuando vertías todo cuanto caía en tus manos acerca de la Cofradía y las noticias que llegaban a la Seguridad de hechos imputables a ella, pretendía, llegado el momento, poner el caso en manos de tus superiores, el Delegado Tingall, el Planificador Kadoroe o el mismísimo Presidente. Lógicamente a la Sede le interesa que desaparezca una entidad como la Cofradía que opera impunemente en media galaxia y en la restante se atreve a desafiar el poder de la Tierra y sus dirigentes.

—Aparentemente es así, pero...

—Sigue.

—Cuando Alone estuvo en la ciudad, Tingall se mostró muy nervioso. Quizá temía que él era el objetivo del cofrade. Me hostigó continuamente para que mis agentes lo encontraran y acabaran con

él. Mientras tanto se encerró en una concha invulnerable. Tenía más miedo que nadie. Hace unos meses, a la mitad de tu aprendizaje, un día, sin llevarte conmigo, hablé con Tingall y le insinué algo. Quería prepararle para el momento en que le dijera; Señor, podemos desmantelar la Cofradía, empezando por matar a Alone Starsilver y después a los más importantes Asesinos. Sin embargo...

—¿No encontraste al Delegado muy dispuesto?

—En absoluto. Apenas abordé el tema lo rehuyó. Me habló de otros peligros, a pesar de que Kendall había sido reelegido unos días antes y el Gobierno podía sentirse seguro y fuerte por unos años. Aquel día decidí que yo sólo debía llevar a cabo el comienzo de algo que la galaxia me agradecerá.

—¿Empezando por matar a Alone, como hubieras dicho a Tingall?

—Será el principio. Todavía nos quedan muchos datos e informes que recopilar. Cuando volvamos de Hamende, después de pasar unos días entonces en Alther Tres, acabaré de llenarte de asuntos de la Cofradía y tú terminarás sabiendo tanto como sabía Rey David al quedar convertido en un montón de metal derretido. E incluso más.

—Sólo en tal caso expondrás al Presidente tu plan para desmantelar la Cofradía, ¿no?

—Sí. Les llevaré la cabeza de Alone, la prueba de que es posible acabar con ellos, aunque sea uno a uno. Será la evidencia de que tú, un pequeño ordenador, es capaz, con la colaboración de una mente humana, de profundizar en el secreto de la Cofradía, de vulnerar Argamun, el mundo donde la leyenda dice que reside ese atajo de asesinos profesionales.

Sobrevolaban un barrio reciente, donde los edificios no eran tan elevados como en el resto del centro de la ciudad y el aire parecía más limpio. Yukai hizo descender el vehículo en el aparcamiento del terrado, salió y anduvo hasta llegar al ascensor privado de su apartamento. Mientras la cabina bajaba, dijo a Salomón:

—Ahora sabemos tú y yo que Alone se propone llevar a cabo un trabajo importante en ese planeta llamado Hamende, la cloaca de más allá del Borde de Lebaa. Allí será un asesino entre miles de asesinos. La caza podrá ser interesante —sonrió.

—Y peligrosa.

—Tengo la ventaja, mejor dicho la tendremos, de que Alone

estará persiguiendo a alguien y él no sabrá que nosotros vamos a caminar tras sus talones.

—Espero que nuestros análisis sean correctos.

—Lo son, lo son —dijo Yukai intentando convencerse que no iba a fallar después de tantas noches sin dormir—. No podemos equivocamos. Creo que hubiera pedido este permiso antes de no haber ocurrido la crisis de hace tres meses, Salomón.

—Te comprendo. Estás refiriéndote al líder de los *Hupures*, los Humanos Puros, y también Almirante, Laskae.

—Exactamente. El Almirante Laskae casi provoca el derrumbamiento del Gobierno de Kendall al oponerse a la integración total de los humanoides habitantes de las Sedes bajo el liderazgo de la Tierra.

—Ahora está de jefe en una guarnición apartada —dijo Salomón después de revisar sus datos.

—Bien lejos, sí. Ya no causará problemas.

—¿Seguro? —inquirió con un tono de duda el ordenador que por un instante sorprendió a Joron.

CAPÍTULO III

Cuando el secretario Bruce Mortimer dijo al Planificador Kadoroe que su jefe, el Delegado Tingall, se encontraba en pleno descanso, temió recibir la orden de despertarlo. Pero Kadoroe se limitó a torcer el gesto y contestar que por su parte podía seguir durmiendo hasta la hora que hubiera fijado para ser sacado de sus sueños programados.

Kadoroe se volvió hacia el hombre cuyo rostro era archiconocido en la Tierra y en muchos planetas de la Sede. El Presidente Kendall sonreía un poco al escuchar del Planificador.

—Tingall recibió a Joron Yukai después de hablar contigo y luego se echó a dormir. Eso puede significar que todo está desarrollándose como estaba previsto. Podemos sentimos satisfechos: Yukai al fin se toma un merecido descanso, y por el momento nuestro molesto Almirante Laskae rumia su despecho en la lejana *Marca de Pegaso*.

Kendall se alisó los cabellos blancos de sus aladares y asintió. Era un hombre de unos cincuenta años, pero ágil de cuerpo y mente. Llevaba dos legislaturas al frente del poderoso gobierno de la Sede Terrestre y no mostraba síntomas de cansancio. Sus partidarios y enemigos políticos se ponían de acuerdo a la hora de elogiar su fortaleza; ninguno le discutía su energía.

—Ahora sólo nos queda esperar —dijo Kendall—. Kadoroe, lo tengo todo dispuesto para firmar la ley que otorgará total igualdad en la Sede y Subsedes a los humanoides y... *Hupures* —concluyó con una sonrisa franca.

—¿*Hupures*? —repitió Kadoroe—. Me parece estar escuchando el discurso demagógico de un líder de la Unión de Humanos Puros. No, no me gusta en absoluto esa palabra.

—¿Por qué? —siguió sonriendo el Presidente. En realidad intuía cuál iba a ser la respuesta del Planificador

—Oh, vamos, lo sabes muy bien. Esos racistas se autodenominan *Hupures*, Humanos Puros. Llaman *No hue* a los humanoides. Me pregunto si después de tantos siglos, los humanos podemos seguir creyéndonos puros... Tú, por ejemplo y debido al color demasiado oscuro de tu piel, vivirías en un barrio mísero hace un par de milenios.

—No tanto tiempo. El racismo brutal entre las razas humanas

sucedió en la Tierra en el siglo XIX, el XX y parte del XXI, según el viejo cómputo.

Kadoroe dejó de caminar por la estancia, se detuvo ante un sillón y se acomodó en él pausadamente. Entornó los ojos.

—Cuando me retire me dedicaré a investigar a fondo la historia antigua, todo ese periodo excitante de la conquista estelar, el advenimiento del Gran Imperio y cuantos hechos tormentosos le sucedieron.

—Tú no te retirarás nunca —rio Kendall.

—Lo haré pronto. Tal vez no espere al fin de tu mandato.

—¿Eso quiere decir que no servirías a otro que no fuera yo?

—No te hinches de vanidad, pero mi respuesta es afirmativa. Kendall, solo quiero que el proyecto de ley entre en vigor y se cumpla.

—Aborreces demasiado a Laskae...

—Y a cuantos piensan como él.

Kendall miró de soslayo a su colaborador más íntimo, además de su amigo.

—No te preocupan tanto los humanoides, sino el deseo de acabar con la carrera militar de Laskae. No lo subestimes, amigo. El Almirante es poderoso, tiene muchos adictos.

—Bah, la mayor parte de las Fuerzas Estelares de la Sede no comparten la ideología de la Unión.

—Es público y notorio que él es el cabecilla, aunque se mantenga en la sombra —Kadoroe esbozó una sonrisa—. Ojalá mañana mismo sea efectiva la ley.

—Debemos esperar unos días.

—Lo sé, hasta que tengamos noticias de que todo vuelve a calmarse y Laskae pierde su contacto, la posibilidad de recibir una ayuda misteriosa.

—¿No te gustaría saber lo que él se propone?

Kadoroe asintió con la cabeza.

—Claro que sí, pero prefiero que los planes de Laskae se derrumben, aunque me quede con la curiosidad insatisfecha. Desde la Tierra escucharemos el grito de rabia del Almirante cuando conozca que la ley permitirá a los humanoides servir en las Fuerzas de la Sede.

—De todas formas habrá disturbios —dijo el Presidente, con

sombra en su mirada.

—Tengo entendido que esta tarde ha habido manifestaciones promovidas por la Unión en diversos barrios de la ciudad. Demonios, Joron no debía marcharse de vacaciones en estos momentos.

—Tal vez desista, cuando llegue al Gran Astropuerto.

—¿Por qué?

—También allí hay problemas.

* * *

Joron Yukai soportó con estoicismo la revisión a fondo que hicieron en su persona los policías a la entrada del astropuerto. No quiso hacer valer su categoría de Mayor Inspector en ningún momento. Preguntó a otro pasajero qué sucedía allí y éste le respondió que en uno de los salones de espera había ocurrido algo.

Más tarde conocería que un grupo de unionistas había agredido a varios turistas humanoides, hiriendo gravemente a dos de ellos. La policía tuvo que intervenir, lo hizo con dureza y mucha gente, sin saber de qué iba la cosa, se puso de parte de los no integristas y el incidente se convirtió en una batalla campal. Acabó acudiendo un pelotón antidisturbios y se hicieron varias detenciones.

Yukai cruzó el control, recibió algún que otro empujón por parte de los agentes, incluso algunas palabras insultantes. Todo lo soportó en silencio, resistiendo a duras penas a su impulso de mostrar su placa de identificación al policía sudoroso, que con las armas dispuestas miraba con receloso a los paisanos.

Se alejó de allí a toda prisa cuando descubrió a un teniente que le conocía, confundiéndose en la multitud que se dirigía por el pasillo a la sala de espera.

Joron puso en custodia su equipaje, recogió el resguardo y buscó un centro expendedor de billetes. Allí cambió su reserva para la nave que partiría dentro de dos horas en dirección a Alther Tres y solicitó un pasaje para Lebaa. Después de obtenerlo entregó el resguardo del equipaje y la mujer del otro lado del mostrador, mirando nerviosamente por encima de sus hombros, le aseguró que podía marcharse tranquilo y embarcar enseguida si quería quitarse de los alborotados salones.

El Mayor descubrió lejos otro revuelo. La gente corría y él se resguardó junto a una columna. Quería ver lo que pasaba. Tal como suponía, varios hombres y mujeres golpeaban a una pareja de humanoides, cuya única diferencia respecto a los humanos residía en el color tornasolado de su piel, los brazos demasiado largos y las orejas tentaculares. En sus caras, totalmente humanas, se reflejaba el miedo y el dolor de los golpes que recibían.

Yukai sintió cólera y vergüenza a la vez. No llevaba encima ningún arma, pero no se acordaba de ello cuando dio los primeros pasos dispuesto a intervenir, golpeándose con la gente que corría tratando de alejarse de la pelea.

De pronto se escuchó el aviso, de la policía que se acercaba flotando. Eran cuatro agentes y descendieron cerca de la refriega. Ante la sorpresa de Yukai, empezaron a fustigar con sus látigos eléctricos con la misma saña a los humanos y humanoides. Acudió una plataforma, bajaron más policías y empujaron dentro a todos los paisanos, sin miramiento alguno.

Joron se alejó de allí y buscó un lavabo. Antes de entrar se volvió. En la sala volvía discurrir todo con normalidad. El incidente parecía no haber existido, pero él recordaba los golpes y latigazos que recibieron los humanoides, quizá con más ahínco que los humanos que los agredieron. La policía, pensó, había descargado en los agredidos toda su tensión. Lamentable. Quizá entre sus propios agentes hubiese quien compartía el credo de los unionistas.

Se refugió en una cabina privada después de pagar su uso y se refrescó. Miró su cara reflejada en el espejo, un rostro huraño y desencajado.

—¿Qué estás pensando, amo? —preguntó Salomón en voz tan baja que Joron casi no le oyó.

—Puedes hablar más alto. He pagado cinco créditos para que nadie nos moleste.

—Lo sé. Estaba en tu mente, amo.

—Te lo permití porque quería que sintieras por mí lo que está pasando. Periódicamente, la gente parece volverse loca. Es como si deseara crearse problemas, descargar en algo o en alguien sus frustraciones. Ahora son los humanoides el blanco de sus bajezas.

—¿Tú aprecias a los humanoides?

Joron se secó la cara y expulsó de su mente, un poco

bruscamente, a Salomón.

—Me son indiferentes —respondió encogiéndose de hombros—. No convivo con ellos ni jamás me he acostado con una *nohu*, aunque las hay muy hermosas y atractivas —soltó una risa amarga—. Muchas llegan a la Tierra y acaban en burdeles. Seguro que algunos de los que han estado insultando y golpeando a los *nohus* se han acostado con esas prostitutas de pechos enormes y labios sensuales.

—Antes de que me echaras, amo, capté tus deseos de no marcharte y...

—¿Reintegrarme a mi despacho? —rio Yukai—. No creo que mi sustituto sea incapaz de solucionar un simple altercado. Los unionistas están muy activos últimamente. Se rumorea que el Presidente y su Gobierno, una vez ganadas las elecciones, van a atreverse a dignificar a los súbditos humanoides de las Subsedes. Estos rumores han soliviantado a los miembros de la *Unión Hupur*.

Joron abrió la puerta y salió al pasillo. De allí pasó al salón. Todo parecía tranquilo. La gente caminaba de un lado para otro, y sobre sus cabezas los anuncios destellaban cegadores. Leyó el aviso de que su nave ya estaba admitiendo a los pasajeros. Entró en una cinta, lo hizo con torpeza y se agarró a alguien para no resbalar y quedar fuera.

Escuchó un grito agudo. Al mover la cabeza, Yukai se encontró con un par de ojos muy grandes y una cara bonita. Empezó a sonreír para tranquilizar la mujer y su sonrisa desapareció súbitamente, cuando observó el tono demasiado dorado de su piel, sobre todo en la frente, donde el maquillaje había desaparecido. Ella lo miró con miedo y Yukai descubrió la pequeña herida que tenía la muchacha en el cuello, curada con urgencia.

—Lo siento —dijo él. La soltó.

—Perdóneme usted —dijo ella—. Por haber gritado.

La cinta siguió avanzando. Joron leyó el número que campeaba en el túnel donde entraron. Todos cuantos estaban allí debían abordar la nave con dirección a Lebaa, sin duda.

—Está asustada —dijo Joron.

Ella echó fuera una sonrisa.

—Cuando me tocó yo creí que...

—¿Qué creyó? Ah, entiendo. Han debido agredirla hace poco, ¿no?

La muchacha asintió.

—Gracias a la policía pude salir ilesa, bueno sólo con un arañón.

Joron pensó que no hubiera tenido tanta suerte de haberse topado con los policías que golpearon sin distinción a agresores y agredidos hacía poco.

—¿Está sola?

—Sí —asintió ella—. He permanecido en la Tierra unos años. Tres exactamente. Estudiaba, ¿sabe?

—¿Se marcha por algún motivo en particular?

—Se acabó el dinero. Soy de Lebaa. Hace unos días recibí un mensaje de mi familia. No podían enviarme más y me pedían que regresara. Creo que mi tío paterno tiene un negocio en otro planeta.

—Lebaa es un mundo sin problemas —sonrió Joron—. Tengo entendido que allí gobierna en la Subsede un nativo. No recuerdo ahora su nombre.

—Lamento no poder decirle quién es. Hace mucho tiempo que falto de Lebaa —ella miró la ruta que seguían—. ¿También viaja a mi planeta?

—Sí. Allí tomaré otra nave —dijo Joron sin añadir que desde Lebaa saltaría hacia Hamende.

—Me llamo Larsla —dijo ella.

—Mi nombre es Joron. Joron Yukai —El Mayor le tendió la mano. Se había dado cuenta de que ella había tenido la intención de hacerlo, pero debió contenerse pensando que tal vez el hombre fuera un racista.

Larsla la estrechó contenta. Joron la miró. Era muy bonita, exquisitamente proporcionada. Sólo su tono de piel de color oro, que ahora el maquillaje no ocultaba, era el indicio que la delataba como humanoide. Se preguntó si su cuerpo poseía algo anómalo, oculto bajo el sucinto traje según la moda terráquea, insinuante y bastante provocativo.

Yukai se dijo que tal vez Larsla tenía seis dedos en lugar de cinco. Eso no tendría ninguna importancia. Divertido, pensó que podrían ser dobles pezones, pero en unos senos que se adivinaban tan perfectos no podía ser tampoco algo desagradable.

Ella pareció ruborizarse al sentirse observada y desvió la mirada. Joron dijo poco antes de acabar el viaje por la cinta, justo cuando están a punto de entrar en la boca que les llevaría directamente al

interior de la nave:

—Celebro que viajemos juntos.

CAPÍTULO IV

Durante los días sucesivos y mientras la nave *Minos* se internaba en el hiperespacio rumbo a Lebaa, Yukai tuvo tiempo de observar la situación a bordo, de forma serena y desapasionada.

La mayor parte del pasaje estaba compuesta por humanoides que volvían a Lebaa después de una experiencia desagradable en la Tierra, cansados de sufrir humillaciones por parte de una minoría segregacionista, pero muy activa y violenta, como bien había podido presenciar el día de la partida y, anteriormente, a través de los informes que llegaban a su despacho.

Joron no dejó a ver ningún día a Larsla. A veces pensaba que era ella quien procuraba encontrarse con él, bien en alguna sala de diversión o en el comedor. El Mayor Inspector dijo ser un comerciante y a la mujer debió parecerle suficiente la explicación. Era alegre y divertida. Bailaron algunas noches y desde la tercera fiesta empezaron a dormir juntos.

Yukai hizo el amor con ella y no encontró en su cuerpo esbelto, aparte de la piel de color oro, nada que pudiera calificarla como *Nohu*, expresión despreciativa empleada por los unionistas.

Larsla era una mujer maravillosa, excitante. Era una delicia tenerla en los brazos, se entregaba plenamente y disfrutaba y hacía disfrutar del amor.

Para Joron los días pasaron rápidamente a bordo del *Minos*. El día anterior a descender en Lebaa estaba un poco contrariado. Sin embargo, cuando llegó Larsla al comedor, él la recibió con una sonrisa y se esforzó por alejar la sombra de tristeza que nublaba su rostro. Pidió una cena especial y una botella de vino.

—No debiste hacerlo —le recriminó Larsla—. Todo esto te costará mucho.

—Olvídalo y disfruta de tos manjares y del vino, querida.

—¿Te quedarás mucho tiempo en Lebaa?

El negó con la cabeza.

—No. Lo siento. Sólo un día —respondió recordando que el carguero que le llevaría a Hamende saldría veinticuatro horas después de que descendiera el Minos.

A Joron le sorprendió que Larsla no se inmutara. Había pensado

que ella se mostraría enfadada. Permaneció serena, bebiendo lentamente vino.

—¿Qué harás tú? —preguntó Yukai.

—Mi familia vive en otra ciudad, en una isla grande a pocas millas de la costa oriental. Me espera y debo reunirme con ella cuanto antes.

—Tal vez cuando vuelva podamos vemos...

—Es posible. Te dejaré un código para que me llames.

—Podría ir...

—No. Será mejor que me avises por videófono.

—Como quieras. Larsla...

—Dime.

—¿Te espera alguien en Lebaa? Quiero decir algún hombre.

Ella sonrió y agitó su cabellera de cobre negativamente.

—Sabía que terminarías preguntándomelo. No, cariño. No hay nadie esperando mi llegada. Al menos nadie que suponga un afecto sentimental.

—Sé que no debo pedirte nada, pero... —Yukai soltó una risa nerviosa—. No soy un muchacho y temo que estoy ruborizándome como tal. Te quiero, Larsla. Me agradaría...

Ella le cogió una mano y la acarició.

—Ha sido todo muy bonito, Joron. Seamos sinceros. Tú seguirás tu camino. Lo más probable es que no nos veamos más. Además...

Ante su silencio, Joron la animó a seguir

—¿Además? ¿Qué ibas a decir?

Larsla retiró su mano y bajó la mirada,

—Soy una *nohu*, una No Humana. Y puedes añadir el calificativo Pura.

—Eso es un disparate. Eres un ser humano para mí. Tu color de piel es lo más hermoso que he visto jamás. Es absurdo repudiar tanta belleza.

—Mi madre se parecía a mí, pero mi padre poseía características externas que lo descalificaban como humano puro.

—Me importas tú, nada más.

—Ha sido mi color de piel lo que me ha obligado a huir de la Tierra. Desde que estoy a bordo no me maquillo para ocultarlo. En Lebaa nadie se preocupa de estas cosas, tal vez porque allí la mayor parte de la población es *nohu*.

—No digas más esa palabra. La odio.

Joron pensó que la proliferación de humanoides podía achacarse al mestizaje de los terrestres con razas no humanas ocurrido en los comienzos de la expansión estelar. En la Tierra nadie se atrevía a insultar a un hombre terrestre de color negro o amarillo, pero si se perseguía a quien tuviera reflejos verdes o un maravilloso tono de oro como Larsla.

Aquella noche cada uno durmió en su camarote. La velada había terminado triste y Larsla se disculpó. Aunque alegó un dolor de cabeza que Yukai no creyó, ella no pudo disimular una lágrima al retirarse.

Joron necesitó tomar varias copas para poder conciliar el sueño. No quería pensar en Larsla. Sabía que si lo hacía acabaría yendo a la puerta de su camarote e imploraría que le dejase entrar.

Se quedó dormido pensando que pronto estaría en Hamende. Allí le esperaba un trabajo muy especial. Si quería salir triunfante tendría que concentrarse, olvidarse de todo que no fuera encontrar a Alone Starsilver.

Al día siguiente, aunque lo intentó, no consiguió ver a Larsla. Pocas horas más tarde el *Minos* atravesaba la atmosfera y descendía en el astropuerto cercano de la capital del planeta.

Se produjo la clásica confusión, las prisas por desembarcar y Joron se desesperó, pretendiendo encontrar a Larsla.

La aduana de Lebaa era poco severa y Joron la cruzó con prontitud Pese a que permaneció casi una hora en el vestíbulo, fracasó en su intento de localizar a la mujer. Estuvo tentado de llamarla pagando un mensaje a través de los altavoces, pero desistió, diciéndose que tal vez ella no quería verle.

Alquiló una habitación en un hotel situado en el mismo astropuerto y dejó orden en el conserje automático de que esperaba una visita.

No abrió la maleta. Sólo buscó entre las ropas la lámina de color carne. Con sumo cuidado la tendió en la cama

—Hola, Salomón —dijo.

—Hola, amo. Han sido muchos los días que llevas sin hablarme.

—He estado muy ocupado.

—Lo sé.

Joron se preguntó cómo lo sabía Salomón. No se lo preguntó.

—Mañana, si todo sale bien, partiremos hacia Hamende.

—¿Ya has hablado con tu enlace?

—No. Estoy esperando su llegada. —Consultó la hora—. Es un antiguo agente de la Inteligencia y Seguridad.

—¿De tu confianza?

—Sí. Desde aquí se pueden vigilar varios mundos. Nuestro hombre se llama Kamael y me ha estado proporcionando informes desde hace un año, todos acerca de la Cofradía.

—Deben ser los informes que me transmitías con la firma K, ¿no?

—Efectivamente.

—Eran buenos informes, amo. Gracias a ellos he aprendido mucho de los cofrades.

—Lo celebro. Kamael nos trazó una ruta de las apariciones de Alone. Si había algo de lógico en ellas, el Asesino Estelar estará en Hamende antes de una semana

—Estoy conforme en el lugar, pero no en lo que respecta al tiempo, amo. Alone podría retrasarse, incluso semanas o meses.

—¡No! No disponemos de tanto tiempo.

—Hasta tres meses, amo.

Joron se estremeció, y se alegró de que Salomón no pudiera leerle el pensamiento. Si ellos tardaban más de tres meses en volver a la Tierra el plazo de seguridad se habría acabado y su *conciencia* estaría perdida.

El trasplante de Salomón desde la pirámide a la lámina biónica no era definitivo. Nunca se lo dijo a su *conciencia.* Los técnicos que efectuaron el cambio le previnieron que las células no resistirían más allá de tres meses. Antes de este tiempo debían ser restituidas a la pirámide de metal. Joron insistió en que este inconveniente no debía ser conocido por Salomón, temiendo que la personalidad de éste se mostrase inestable al presentir su posible fin. Acaso pecaba de excesivo temor. ¿Una máquina podía temer su destrucción? ¿Por qué no? Rey David se supo amenazado y luchó por supervivir. Salomón era como un hijo de su anterior *conciencia*. Tal vez con el tiempo acabase pensando como Rey David, cuando alcanzara la madurez.

Pero por el momento era como un muchacho, demasiado sabio quizás...

—Es mejor que todo concluya antes de tres meses.

Sonó el aviso desde el conserje automático y una voz grave le dijo

que en el vestíbulo le esperaba alguien que deseaba verlo.

—Bajo en seguida —respondió Joron. Miró a Salomón—. Iré solo. ¿Te importa quedarte?

—Sería conveniente que yo escuchara también a Kamael —dijo Salomón con voz tan dura que dejó de ser infantil.

* * *

Yukai reconoció a Kamael a pesar de los años transcurridos.

Se saludaron algo fríamente. Joron sabía que Kamael estaba ayudándole por dinero. En su trabajo no había nada en efecto. Lo prefería así, pese a todo.

Se sentaron juntos a una mesa apartada del bar. Joron pidió dos combinados. Con disimulo se arregló la chaqueta, alisándola allí donde estaba Salomón debajo. Al final había accedido a dejarle escuchar la conversación.

—Señor Yukai, hace dos días recibí un comunicado procedente de Hamende que me confirma que un Asesino de la Cofradía llegará en breve. Irá a Trámala, la capital del sector norte.

—¿Por qué allí?

Kamael bebió un sorbo y miró a su interlocutor por encima del vaso.

—No me pregunte más, señor Yukai. Tendría que decirle también quién es mi confidente. La Cofradía ha firmado un contrato muy importante, renovable. ¿Entiende lo que es?

Joron asintió. Cuando la Cofradía aceptaba un contrato renovable quería decir que la víctima, si salía ilesa del primer intento, habría otro Asesino enseguida detrás de ella, si se produjera el hipotético caso de que el anterior muriese. Eso significaba muchísimo dinero. Era como un seguro contra cualquier riesgo. El cliente de la Cofradía debía ser un hombre muy rico, demasiado ansioso por quitar de en medio a un hombre o mujer.

—¿Sabe quién es?

—¿La víctima? —Kamael se encogió de hombros—. Está marcado. Tengo una holografía de él.

La respuesta dejó sorprendido a Yukai. No esperaba tanto. Si vigilaba a la víctima podía estar seguro de que Alone no se le

escaparía.

—¿Cómo es posible que haya obtenido esa holografía?

Kamael metió la mano en un bolsillo y sacó la lámina, que Joron tomó nervioso.

Desplegó el objeto y surgió una cara pequeña. Era un hombre, de frente estrecha, mirada ceñuda y labios gruesos. Poseía una barba abundante, escasamente cuidada.

—Mide un metro ochenta y cojea un poco. Su pierna artificial no funciona bien. Debe cambiarla, pero por ahora no posee dinero. Sin embargo, lo tendrá pronto.

—¿Quién se lo dará?

—No lo sé. Se llama Mengol, o al menos su identificación, falsa o auténtica, es ésa.

—Todavía no me ha dicho cómo ha obtenido esto —Yukai agitó la holografía después de plegarla.

—Porque ese hombre mató hace una semana al primer Asesino enviado por la Cofradía, señor.

La mano de Yukai que sostenía la holografía tembló visiblemente, Kamael lo vio y sonrió.

—Sí, resulta algo insólito, pero es así. Uno de mis colaboradores en Trámala averiguó que había llegado el Asesino y lo estuvo siguiendo. Mengol es un tipo listo y peligroso, señor. Acabó con el cofrade. Ahora llegara otro. Mengol ignora que existe un contrato renovable y debe pensar ahora que no volverá a ser molestado. Ya conoce la ley de la Cofradía.

—La conozco, Kamael. ¿Averiguaste el nombre del Asesino muerto?

—No. Sólo sé de él lo que mi colaborador me describió. Tomó la holografía de Mengol arriesgándose mucho.

—Lo entiendo. Podría ponerse en un lugar preferente. No todo el mundo puede ufanarse de haber matado a un cofrade. Lo que no comprendo es por qué Mengol no se largó enseguida.

—Algo lo retiene en Trámala, señor. Además, él cree que ahora la Cofradía le dejará en paz.

—¿No ha adivinado qué sujeto ha pagado?

—No lo sé.

Yukai describió a Alone Starsilver.

—¿Es el cofrade que mató Mengol? —preguntó con ansiedad.

Kamael tardó un instante en responden

—No. Ahora la Cofradía enviará a uno de sus mejores Asesinos.

—Eso espero —dijo Joron en voz baja.

—En Trámala tendrá ayuda, señor. Mi colaborador le esperará si usted está dispuesto a pagar sus servicios.

En Trámala, pensó Yukai, iba a necesitar alguien que conociera la ciudad. Aceptó el papel con el nombre y la dirección.

Extendió un certificado y se lo entregó a Kamael, quien lo guardó sin mirarlo. En silencio, Yukai agradeció a su antiguo agente aquella prueba de confianza.

Pidió dos combinados más y empezaron a hablar de cosas triviales.

—Parece que las cosas te marchan bien aquí.

—No puedo quejarme. Esto es mejor que Hamende, señor. Viví allí varios años y no volvería ni por un millón de créditos.

Joron hubiera querido preguntar a Kamael cómo se ganaba la vida. Podía imaginarse la respuesta. Nada de negocios limpios, por supuesto. Por un momento temió que el hombre quisiera saber qué estaba haciendo él allí, trabajando solo. Kamael conocía bien el funcionamiento del Departamento de Inteligencia y Seguridad y sabía que el Mayor Inspector actuaba por su cuenta.

Pero no hubo ningún tipo de confidencia entre los dos hombres. Después de apurar su vaso, Kamael se despidió. Estrechó la mano de Yukai fríamente y se alejó.

—¿Qué te parece? —preguntó en voz baja Yukai a Salomón.

—¿Por qué dejó el Departamento?

—¿Quién ha dicho que lo dejó? Fue expulsado. Pero confiaría en él siempre… Al menos mientras le pague. Tiene un peculiar sentido ético. Jamás traiciona a un cliente ni le gusta jugar doble.

CAPÍTULO V

La Subsede de Lebaa no mantenía relaciones formales con Hamende, planeta situado a diez años luz, aunque sostenía intercambios comerciales porque eran favorables para su balanza. Consentía en el envío de mercancías a través de compañías neutrales. Cuando algún carguero partía hacia Hamende la carga era inspeccionada a fondo y los pasajeros examinados con escrupulosidad

Joron Yukai embarcó el día siguiente. No usó su nombre, sino uno que ya llevaba preparado, así como la documentación acreditativa que él mismo se procuró en el Departamento de Seguridad. Por lo tanto, los aduaneros no pudieron detectar la falsedad porque no existía excepto en su personalidad, ahora un comerciante que viajaba a Hamende con la pretensión de vender mercancía.

El viaje a bordo del carguero fue infernal. El camarote era demasiado reducido y tuvo que compartirlo con un viejo repleto de prótesis chirriantes, un antiguo mercenario de más allá del Borde.

La entrada en Hamende fue rápida. Joron ya sabía que sólo tenía que colocar algún dinero entre sus documentos. El policía se guardó los créditos y le hizo una señal para que siquiera adelante. Al llegar a la ciudad de Tramala, Yukai se deshizo de los documentos falsos. A partir de ahora utilizaría los propios. En aquel planeta nadie podía conocer que Joron era el Mayor Inspector de la Tierra.

—¿Por qué no sigues usando la identidad falsa? —preguntó Salomón.

—Paradójicamente, en el hotel donde pienso instalarme son más estrictos que los aduaneros. Allí podrían descubrir que no es auténtica.

—Curioso.

—Sí —suspiró Joron—. En el *Galactus* se ufanan de garantizar a sus huéspedes seguridad a cambio de un alto precio por la habitación. En mi placa no figura mi profesión. Por lo tanto, si he entrado con nombre falso, saldré con el mío verdadero.

—¿Corro peligro de ser descubierto?

—No —contestó Yukai mirando por la ventanilla del transporte

público que le conducía al centro de Trámala.

Albergaba una pequeña duda, pero se guardó de expresarla. No podía conocer todos los sistemas de detección que los celosos hoteleros tuvieran en uso. Lamentaría que al final sus precauciones no sirvieran de nada, después del riesgo al que estaba sometiendo a Salomón al colocarlo en el cuerpo provisional, perecedero a plazo fijo.

Después de abandonar el transporte público alquiló un vehículo con conductor y le dio la dirección del *Galactus*. El hombre, un humanoide corpulento, casi un monstruo, asintió con un gruñido respetuoso. Un cliente importante, debió decirse. No todo el mundo podía alojarse en un hotel tan caro como aquél.

La ciudad que había visto a través de las ventanillas del transporte y del coche se le antojaba una mezcla curiosa de miseria y lujo, anárquicamente distribuida; la opulencia y la degradación formaban una curiosa simbiosis. Sin embargo, el hotel *Galactus* podía figurar en la guía de los más lujosos de la Tierra.

El control de entrada resultó riguroso y la inscripción de Yukai fue formalizada después de abonar una sustanciosa suma de créditos. El recepcionista humano, con una estudiada sonrisa, le dijo que tenía pagada la habitación por una semana, añadiendo que el último día debería avisar si tenía proyectado permanecer más tiempo, advertencia que encerraba sutilmente la existencia de un nuevo adelanto.

Mientras su tarjeta fue examinada varias veces y luego introducida en una ranura, saliendo por el otro extremo de un complicado aparato y produciendo un chasquido, Joron no las tuvo todas consigo mismo. Se atrevió a respirar cuando el hombre se la devolvió, diciendo:

—La empleada le acompañará, señor.

Joron se volvió y se tropezó con una muchacha, casi una niña, cuyo uniforme se reducía a una cinta de oro alrededor de la cintura, con su número de identificación.

—Su equipaje ya está en la habitación, señor —le dijo con una sonrisa e indicándole el camino hasta los ascensores—. Me llamo Annie y estoy a su disposición.

Yukai la siguió sin poder apartar la mirada del cuerpo desnudo, de las nalgas cimbreantes.

La habitación, la número 901, era amplia y poseía una vista a la ciudad, concretamente a un barrio compuesto de edificaciones diversas, sobre las cuales flotaba una densa nube de vapor.

Arrojó a la chica una moneda de cinco créditos. El dinero de la Sede Terrestre valía en cualquier parte de la galaxia, en metálico o a través de las tarjetas privadas de energía. Ella agarró el disco en el aire y dijo antes de retirarse:

—Gracias, señor. Recuerde que estoy a su deposición.

No era una frase protocolaria, pensó Yukai al quedarse solo. Por lo que pagaba por la habitación debía estar incluida también la chica. Al cabo de un rato le llamaron desde recepción y le preguntaron si el servicio estaba totalmente a su gusto. Tras una pausa, la voz insinuante se interesó por la muchacha, y añadió que si lo prefería podía ser atendido por un chico por el mismo precio. Sólo si deseaba niños o niñas de corta edad debería abonar un suplemento.

—Está bien así, gracias —respondió Yukai. Colgó el auricular y dejó que la cara almibarada del recepcionista se borrase de la esfera de comunicación. Ahora sabía que allí podían satisfacer casi todos sus caprichos. Sólo casi, añadió sonriendo. No podrían servirle en una bandeja de plata a Alone Starsilver.

Después de descansar un par de horas, pidió línea privada y marcó un código. En la esfera apareció la cara de una matrona. Fumaba un enorme cigarro y echaba tanto humo que casi no podía verle la cara.

—¿Qué quiere? —preguntó hoscamente.

Yukai sacó el papel que le entregara Kamael y leyó el nombre escrito:

—Deseo hablar con Kusinoi.

—No está.

—Dígale que venga a verme a la habitación número nueve, cero, uno del hotel *Galactus*. Mi nombre es Yukai.

—¿Por qué tendría que ir a verle? —gruñó la mujer. Se apartó el cigarro de los labios y escrutó a Yukai—. Esta vivienda está muy lejos de ese hotel. Además, no le conozco.

—Kamael. Hace unos días he hablado con Kamael en Lebaa y él me aseguró que Kusinoi no tendría inconveniente en hacer unos trabajos para mí.

—Se lo diré cuando lo vea.

—Dígale que es urgente.

—Todo el mundo quiere ver a mi hijo para algo urgente —volvió la cara para escupir un trozo de húmedo cigarro—. Está bien. Lo haré, pero no le garantizo cuando irá allí.

—Hay mucho dinero de por medio.

—Eso lo doy por descontado. Adiós, amigo.

—Espero...

—Tengo prisa.

—Apunte el código de mi habitación y llámeme si su hijo estará aquí antes del anochecer. En caso contrario me buscaré otra ayuda.

La cara desagradable de la mujer se esfumó de la esfera y Yukai la maldijo entre dientes.

—Gente extraña ésta, amo —dijo Salomón desde su hombro.

—Te falta contacto directo con la gente de muchos mundos para llegar a sentir decepción por la raza humana —suspiró Joron.

—Amo, estoy trazando líneas de posibilidades.

—Ah, estupendo. ¿Qué hay por el momento?

—Confusión. A veces las líneas se entrecruzan.

—No permitas que se enreden.

—Eso intento. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Es que no lo haces cuando te da la gana?

—Me gustaría saber si sólo deseas matar a Alone o su muerte sería el comienzo para destruir a la Cofradía.

Yukai arrugó el ceño. Su experiencia con las *conciencias* era larga y sabía que a menudo aquellos ordenadores tan unidos a sus amos se volvían impertinentes. Era como si olvidaran que ellos no estaban para juzgar a sus portadores, sino para servirles de memoria y suministrarles datos, ideas y proyectos viables.

Sin embargo, Joron, tras meditarlo, llegó a la decisión de que debía dar una respuesta sincera. En los circuitos de Salomón podría estar engendrándose en aquellos momentos una solución ideal para él.

—Siempre me molestó la Cofradía, pero es mi odio hacia Alone lo que me impulsa a luchar con todas mis fuerzas para destruirla.

—Por lo tanto puedo deducir que matándolo a él serias feliz. Amo, yo quiero que seas feliz. Alone debe morir.

—¿Y luego la Cofradía entera?

—¿Por qué no? Tengo almacenados muchos datos acerca de esta organización. Su origen se desvanece en el tiempo. Al parecer se creó en la Tierra mucho tiempo antes de que se formara el Gran Imperio.

—Es la leyenda, Salomón.

—En las leyendas suele haber mucho de verdad. Por eso perduran por tanto tiempo. Luego, la Cofradía se desplazó a las estrellas, y en los planetas más allá del Borde se consolidó.

—La Corrupción del Gran Imperio fue la culpable de su poder. Adquirió tanto que incluso ahora supervive de las rentas acumuladas en sus tiempos de esplendor. Alguien dice que antes se llamaba Mafia. También es parte de la leyenda.

—Muy interesante, amo. Ese mundo, donde se dice que residen los dirigentes de la Cofradía, se le denomina Argamun, pero nadie sabe dónde está localizado.

—En realidad el nombre de Argamun puede significar un mundo, una ciudad que verdaderamente se llama de otra forma o un enclave secreto situado en las profundidades de una luna perdida. Qué se yo.

—Alguien que no fuera yo te aconsejaría que capturases vivo a ese cofrade y le hicieras hablar, obligarle a decirte dónde está Argamun, o qué es.

Yukai soltó una carcajada llena de amargura.

—Has dicho lo correcto, Salomón: alguien que no fueras tú y no supieras lo que encierran tus bancos de datos, pensaría que se podría hacer confesar a un Asesino.

—Es lamentable que estén tan condicionados como para dejarse matar antes de revelar nada de sus ritos y organización.

—Lo es, Salomón. Por lo tanto, cuando nos encontremos con Alone o el asesino que sea enviado por la Cofradía, sólo podemos matarlo.

—Lo matarás tú, amo. Yo…

—Es cierto. Yo seré la mano ejecutora, pero tú serás la mente que me ayudará a apretar el gatillo.

—Con mucho placer, amo.

Yukai quedó envarado. La voz de Salomón había dejado de ser infantil. Su tono adusto y grave era nuevo. Parpadeó lleno de inquietud. ¿Podía expresar su *conciencia* tal pasión y vehemencia? ¿Una máquina?

De pronto sintió miedo. Había muchas cosas que él sabía acerca

de Salomón, y que la misma máquina ignoraba, o al menos así lo suponía. Por eso mismo su *conciencia* le causaba respeto unas veces y miedo otras. Temía que en cualquier momento se desbocara como un potro.

Además del peligro que corría Salomón si no era devuelto en unas semanas a su alojamiento habitual,

Yukai albergaba la esperanza de que en su actual envoltura pudiera envolver con eficacia la mente de Alone, en caso de capturarle, y horadar su mente condicionada para extraerle, aunque para ello tuviera que matarlo, el mayor número posible de secretos.

Yukai se sentiría muy complacido si después del interrogatorio de Salomón quedaba Alone convertido en una piltrafa.

Era una baza que mantenía bien oculta y no pensaba revelar a Salomón si no capturaba a Alone con vida.

El Mayor Inspector se duchó y desde la cabina entreabierta observó la lámina color carne que se hallaba sobre la cama. Por un momento se figuró que palpitaba con vida. Después de secarse se la coloco cuidadosamente sobre el hombro y se vistió con ropas limpias.

—Bajaré un momento. Si ese tal Kusinoi se presenta no creo que lo haga antes de varias horas —dijo mientras salía de la habitación.

En la planta baja se dirigió a la sala de esparcimiento, una estancia que ocupaba muchos metros cuadrados y en el fondo se hundía hacia el sótano, donde había reproducido una especie de vergel.

—Puedes ver con mis ojos que esto es de un lujo rayano en lo grotesco, Salomón —susurró Yukai girando hacia donde se alzaba una terraza con veladores. Ocupó uno, y pidió a la camarera una bebida.

La chica, tan juvenil como la asistenta de su cuarto y no con más ropa que ésta, regresó enseguida, dejó la bebida en la mesita, se inclinó y dijo:

—Señor, solicitan verle en una esfera. Es la número ocho.

Joron desvió la mirada hacia el vergel. Allí flotaban esferas luminosas y de colores. Las translúcidas eran las desocupadas. La número ocho ofrecía un tono opaco y flotaba a medio metro de la hierba artificial.

—¿Quién es? —preguntó inquieto.

—Lo ignoro, señor. Si no desea acudir puedo avisar al ocupante. Sólo ha dicho que usted irá porque lo ha llamado hace poco.

Todo parecía indicar que se trataba de un hombre, pensó Yukai bebiendo un sorbo, sin dejar de mirar la esfera donde era reclamado. Aquellos artilugios servían tanto para una entrevista de negocios como para refugio ideal de una pareja para hacer el amor. Eran totalmente impenetrables para cualquier tipo de sondeo visual o auditivo.

Despacio, Joron caminó hasta la esfera. Sabía que desde su interior podían verle, ya que sus paredes eran convertibles en cristales de una sola dirección. Al llegar ante ella le fue abierta una abertura circular y una voz le animó desde dentro:

—Vamos, no lo piense más, señor Yukai.

Y como para hacerle apresurar, añadió la voz:

—Soy Kusinoi.

Yukai no lo dudó más y ascendió. A sus espaldas se cerró la entrada. Había una luz tenue que creció en potencia y pudo ver el rostro de Kusinoi. Era un hombre delgado, estaba sentado sobre un montón de cojines y fumaba una pipa de larga caña

—Ha venido muy pronto —dijo Yukai sentándose frente al hombre.

—Mi madre me avisó apenas habló con usted, señor. Estaba cerca de este hotel y sólo necesité unos minutos para alquilar este pequeño nido de amor, como lo llaman muchos. Espero que esté confortable.

—Mucha

—Kamael me advirtió que usted iba a necesitar mis servicios.

—Sí.

—Soy caro.

—Lo sé. Vayamos al asunto, Kusinoi. Usted captó la presencia de un asesino en Hamende, concretamente en esta ciudad tan populosa.

—Debía ser un novato. No todo el mundo puede percibir la presencia de un Asesino. Mengol le tendió una trampa y le resultó muy fácil matarlo.

—Y permitió que usted lograra una estupenda holografía de él.

—Así es. Yo seguía al Asesino por indicación de Kamael. Sólo sabía que alguien en la Tierra estaba muy interesado por las andanzas del cofrade.

—¿Qué más sabe de mí?

Kusinoi se echó la pipa en la comisura derecha de sus labios delgados y esbozó una mueca de descontento.

—Señor, de usted sólo me interesa el dinero que va a pagarme. Me tiene sin cuidado quien sea, un chiflado o un loco que también desea apuntarse el mérito de ser el matador de un Asesino. ¿Qué desea? ¿Al cofrade o a Mengol?

—Sólo quiero a Mengol como señuelo. Vendrá otro cofrade, y éste no será tan incauto como el anterior. Será el mejor de la Cofradía.

—Es de suponer. Y no dejará olor tras él. Tiene razón al pensar que vigilando a Mengol verá al siguiente cofrade. ¿De veras que no quiere saber por qué la Cofradía desea matar a Mengol?

Yukai pensó la respuesta.

—Mentiría si dijera que no, pero es sólo una cuestión secundaria —sonrió—. Confieso que me intriga la persistencia de Mengol al permanecer en Trámala. Creo que Kamael me dio la respuesta lógica al pensar que Mengol no puede imaginarse que existe un contrato renovable.

—Es posible, pero yo apostaría porque Mengol intuye la clase de contrato. La verdad es que algo le retiene aquí, en Trámala. Señor, usted no está obligado a responderme, pero sería muy importante para el trabajo que voy a hacer para usted si me dijera... —titubeó, súbitamente interesado en mirar por encima de los hombros de Yukai —. Iba a preguntarle si alguien le ha seguido desde la Tierra, señor.

Yukai se volvió y miró a través de la pared de la esfera que continuaba traslúcida desde el interior. No había mucha gente en el vergel, pero alguien caminaba cerca de la entrada, como distraído y sólo interesado por la ambientación reproducida. Su andar, con las manos en las espaldas, irradiaba marcialidad.

—Es un militar de la Sede, señor Yukai. Se inscribió en el hotel después que usted.

—No lo reconozco...

—Es lógico que no lo conozca —sonrió Kusinoi—. Le han admitido en el *Galactus*, pese a que en su tarjeta de identificación había sido borrada su profesión de comandante de la Fuerza Estelar. Ha pagado dos semanas por anticipado, una fortuna. Dudo, sin embargo, que permanezca tanto tiempo. Una postura que puede confundir a cualquier, aunque muy costosa.

—No creo que nadie me siga... —dijo Yukai no muy convencido.

—Hablemos claro, señor. Usted ocupa un cargo importante en la Sede Terrestre —vio la expresión sorprendida de Yukai y se apresuró a añadir—: No sé cuál es, pero no se intranquilice. Repito que le serviré bien. Kamael ha insistido en que así sea. Conozco que Kamael trabajó para el Departamento de Seguridad y todo lo demás.

—¿Por qué cree que ese militar me sigue?

—Se llama Zotra, comandante.

—Puede estar de permiso —rio Yukai nerviosamente—. Tal vez sintió curiosidad por conocer este mundo.

—Efectivamente, debe estar de permiso, aunque ha realizado un viaje muy largo desde el enclave militar al cual está destinado, en una guarnición donde el jefe supremo es un Almirante llamado Laskae.

—Laskae… —susurró Joron.

CAPÍTULO VI

El barrio resultaba inquietante y Joron pensó que no iba a salir de allí con vida. Desde cualquier esquina podía surgir una sombra y caer sobre ellos. Su acompañante, Kusinoi, le tranquilizó:

—Trámala no es tan mal ciudad como puede creerse, señor. Además, estando conmigo no tiene por qué inquietarse.

—¿Lleva encima algún talismán?

—Poseo algo en mi persona que es como un salvoconducto. No puedo decirle que es, pero cualquier ladrón lo pensara mucho antes de asaltamos después de identificarme. Digamos que abono un canon de seguridad a cierta organización supranacional de Hamende.

Yukai interpretó toda aquella parrafada como un ruego de que no debía insistir en averiguar cosas que no podían serle desveladas.

Continuó al lado de Kusinoi, caminando por las callejuelas del peor barrio de Trámala. A veces se internaban en una vía bastante concurrida, con viandantes de toda clase de catadura. Al poco rato notó la ausencia de vehículos volando en los niveles superiores. Apenas discurrían algunos de superficie por las calzadas enfangadas.

—Mengol vive cerca —anunció Kusinoi

Después de cinco días de total silencio, Kusinoi se había presentado en el hotel. Dijo tener noticias y él debía acompañarle.

—Su dinero no me obliga a arriesgar mi vida por usted, señor Yukai. Ningún dinero que pudiera ofrecerme —aclaró el hombre alto y delgado—. Le mostraré donde vive Mengol, los lugares que frecuenta para distraerse, para que la espera le sea menos tediosa.

—¿Qué espera ese tipo?

—Ojalá lo hubiera sabido: pero creo que está a punto de terminar.

—¿Debido a la llegada del nuevo Asesino?

—Me ha resultado imposible descubrir si entre la gente que ha arribado a Hamende llegó el cofrade, señor. Mengol está condenado a permanecer aquí porque debe entrevistarse con alguien. Apenas le vea, huirá rápidamente. Es un hombre peligroso. Si sospecha que usted le vigila creerá que es el Asesino y le matará antes de que pueda reaccionar. ¿Me entiende?

—Sí. Pero tampoco comprendo por qué Mengol no se esconde en

otra parte y allí espera su contacto.

—Es un misterio, ¿no? Digamos que la otra persona perdería su pista si Mengol abandonara este barrio.

—Demasiadas especulaciones —gruñó Yukai.

Se detuvieron delante de una casa de cuatro plantas. Había varios establecimientos cerca y al otro lado de la acera. De ellos salían ruidos, música y voces airadas. Los letreros luminosos indicaban el tipo de diversión, sexo, bebida y drogas que vendían.

—Un barrio muy distraído —comentó Yukai

—Muy peligroso, señor. No debe temer nada. Ya todo el mundo sabe que no debe molestarle. Le han visto conmigo.

—Es de agradecer —dijo Yukai con sarcasmo.

—Simplemente se trata de que el resto del dinero debe dármelo más tarde, señor. Mengol vive en el cuarto piso de esa casa. Ahora debe dormir. Suele comer en restaurantes. A veces acude a la casa de las prostitutas. Tiene una amiga preferida, una *nohu* bisexual con acompañante masculino. Forman una pareja especializada en satisfacer cualquier apetencia.

—No puedo permanecer horas y horas caminando por esta calle —dijo Yukai.

—Claro que no. Lo he previsto, señor. Tenga —le tendió un codificador—. Es una llave. En el tercer piso hay una habitación libre. Podrá usarla cuanto desee. Se la he alquilado por un mes. También para despistar —concluyó con una risa de complicidad—. No es tan cómoda como la del hotel *Galactus*, pero le servirá.

—Recuérdeme que le abone los gastos extras, Kunisoi —ironizó Yukai.

—No olvidaré de apuntar nada en la minuta. También incluiré esto, señor.

Estaban en una parte de la calle escasamente iluminada. Kusinoi le tendió un objeto brillante y negro, que Joron reconoció enseguida y se apresuró a aguardar.

—Es una buena pistola —advirtió Kusinoi—. Y muy cara.

—Lo imagino —suspiró Yukai.

—Pida un coche para salir de aquí, señor. Es más prudente.

—¿Cómo podré ponerme en contacto con usted?

—No estaré lejos. Usted será mi preocupación mientras permanezca en Trámala.

—¿Qué sabe acerca del comandante Zotra?
—Es un tipo extraño, señor. Apenas permanece en el hotel.
—Cada vez estoy más convencido de que no está aquí tras mis pasos.
—Esperemos que así sea. Suerte, señor Yukai.
Kunisoi se alejó apresuradamente. Yukai tiró al aire el codificador, lo recogió y echó a caminar hacia la casa de cuatro plantas. Antes de entrar se dijo que la luz del último piso estaba encendida.

* * *

Joron instaló sus sistemas de espionaje. Trabajó con ahínco, siempre con la nariz arrugada, molesto por el olor penetrante y desagradable que emanaba de cada pared de la mísera habitación. Flotaba en el ambiente una peste rancia y dulzona a veces.
Los vecinos de la casa, la mayoría humanoides de baja catadura, no interesaron a Yukai. Sus visores enfocaban la entrada del apartamento de Mengol. Podía ver cuánto ocurría a su alrededor y también lo que se hablara dentro, al otro lado de las delgadas divisiones de plástico, muros delgados y mal cubiertos por pinturas viejas.
Una ventana permitía al terrestre echar vistazos a la calle. Las luces de los anuncios flotantes empezaron a causarle dolor de cabeza. Durante los dos días que transcurrieron sólo una vez apareció una patrulla de la policía. Varios miembros entraron en el establecimiento de bebidas y se llevaron a varios tipos a rastras, después de propinarles una soberana paliza. La autoridad era tolerante en Hamende, pero muy peligrosa cuando decidía actuar.
Mengol salía pocas veces de la casa. Yukai seguía sus pasos desde su cuarto, le veía bajar las escaleras con sigilo, mirar a todas partes. Entonces descubrió que alguien le protegía las espaldas, un hombre corpulento, bajo y de caminar pesado. Siempre iba a unos pasos de Mengol, como olisqueando el aire de su jefe.
Su hombre, siempre seguido del guardaespaldas, frecuentaba el negocio de chicas, permanecía allí una hora y después entraba en la tienda de bebidas. Entonces el matón se quedaba en la calle. Antes

del anochecer regresaban los dos a la guarida, Yukai los escuchaba subir, pisando con fuerza los peldaños gastados, sonaba el portazo y más tarde sólo se percibía una charla tenue, que sus sondas no podían aclararle.

—Daría lo que fuera por saber qué hablan —dijo Yukai a Salomón.

—Mengol está más nervioso cada día que pasa. Presté atención cuando subían y creo que dijo a su guardaespaldas que no podrá aguardar más tiempo. Amo, creo que habló de otro hombre, de su jefe tal vez. Intuyo que Mengol no es el principal protagonista, sino que ha sido comisionado por alguien para llevar a cabo una entrevista.

—¿Más gente en este asunto? —sonrió Yukai.

Comenzó a mordisquear un bocadillo de carne ahumada, de pésimo sabor.

—¿Qué miras, amo? —preguntó la *conciencia*. El silencio había sido demasiado largo.

Yukai miraba hacia la calle.

—Te noto tenso. ¿Qué ocurre? Déjame ver con tus ojos.

Le dejó entrar en su mente. Trémulo, Joron preguntó:

—¿Lo has visto?

—Sí. Ha entrado en el bar. ¿Qué hace aquí el comandante Zotra?

Yukai estaba lívido.

—He sido un estúpido. Me ha estado siguiendo. Tingall, el Planificador Kadoroe o el propio Presidente, lo han enviado para vigilarme.

—¿No pertenecía a la pequeña guarnición que manda el Almirante Laskae?

—Quizá estaba allí para espiar a Laskae —Yukai, confundido, meneó la cabeza—. Debe ser un agente de Tingall. Estaría en la Tierra cuando me marché y el Delegado le ordenó venir a Hamende. Al final no les engañé. Debí haber ido primero a Alther Tres. Eso les hubiera despistado.

—Llevamos casi dos meses fuera, amo.

Dos meses, repitió Yukai mentalmente. Echó afuera a Salomón. Y escuchó su protesta silenciosa. Le quedaba poco tiempo. Si no volvía pronto a la Tierra iba a quedarse sin *conciencia*. La vería consumirse, arrugarse como un papel al calor del fuego. Y tendría que volver a

empezar, a educar a un nuevo ordenador.

Parpadeó. ¿La recordatoria de Salomón encerraba una súplica para regresar a la Tierra? ¿Salomón empezaba a sospechar que su supervivencia corría peligro? Se repitió que no. Una máquina no podía elucubrar hasta tal extremo

—Zotra puede echarlo todo a rodar —rezongó.

—¿Qué piensas hacer?

—Tengo que salir de dudas. Si Zotra continúa rondando este barrio puede espantar a Mengol y yo perdería la oportunidad de encontrarme con el Asesino.

—¿Con Alone?

—O con quien sea.

Yukai tomó la pistola y se la ajustó al antebrazo. Saltaría de allí como relámpago a su mano al tensar los músculos. Cerró el apartamento y alzó la cabeza. Miró la puerta cerrada de Mengol. La música que salía de allí era tenue. Bajó los escalones procurando no hacer ruidos y salió a la calle. Había poca gente, estaba anocheciendo y se le antojó todo excesivamente tranquilo.

El bar no estaba muy concurrido. Las chicas se habían acercado a Zotra pero él las había rechazado. Tomaba una copa en un rincón, de cara a la entrada. Yukai apretó los labios y empujó la puerta. De soslayo comprobó, mientras se encaminaba hacia la barra, que Zotra no se había inmutado. ¿Disimulaba para hacerle creer que no le había reconocido?

—¿Serás tan loco como para preguntarle a Zotra si te sigue o no?

—Calla de una condenada vez.

Se acomodó en el mostrador y pidió una bebida. La mujer le preguntó si prefería alguna y él la dejó a su elección. Tenía enfrente un trozo de espejo y lo usó para observar a Zotra. El comandante seguía bebiendo, sin volverse para mirarle.

Yukai se sentía por momentos más anonadado. Si Zotra no estaba en aquel barrio tras sus pasos, ¿para qué?

—Amo...

—Cállate —silabeó Yukai—. Pueden oírnos.

La voz de Salomón añadió muy suave:

—Mira. Zotra ha llamado a una camarera. Le está preguntando por un individuo, se lo describe. Ha formado un retrato de Mengol.

¿Zotra buscaba a Mengol?

—Dios, ¿es el enlace que aguarda Mengol?

—Sin duda.

—No puede ser. Debe ser...

En aquel momento, Zotra se incorporó. Había dejado de dialogar con la camarera. Dejó sobre la mesa unas monedas y se dirigió a la salida. La chica le siguió hasta la calle. A través de la puerta abierta, Yukai la vio señalar la casa de Mengol, el cuarto piso.

—Ella le ha dicho dónde encontrar a Mengol —dijo

Yukai. Pagó generosamente la bebida, no esperó el cambio y caminó hacia el exterior.

En la calle, Yukai se atrevió a decir a Salomón:

—Debí haberlo olido, debí adivinarlo, maldita sea. Ese hombre no es Zotra, sino Alone. Puede cambiarse el rostro pero es imposible aparentar menos estatura. Ni se ha molestado en alterar su forma arrogante de andar. ¡Es Starsilver!

—Estás ofuscado, amo. Piensa serenamente...

Pero Yukai no escuchaba su conciencia. El hombre alto ya estaba entrando en el zaguán de la casa y él empezó a cruzar la calzada. Se echó atrás para dejar paso a un coche que estuvo a punto de golpearle.

Zotra ya estaba a punto de llegar al primer piso cuando Yukai irrumpió al pie de la escalera. Desde allí, apartando el brazo derecho del cuerpo, gritó:

—¡Alone!

Todavía albergaba dudas, pero confiaba que su viejo truco surtiese efecto. La pistola saltó a su mano y la empuñó. Apuntaba al hombre cuando éste se volvió. La luz del hueco de la escalera iluminó una cara asombrada.

Había demasiada sorpresa en aquel rostro. Algo tarde, Yukai comprendió que había cometido un error.

Salomón se lo corroboró:

—No es un asesino.

Desde arriba le llegó el ruido de pasos acelerados. Alguien se asomó y gritó:

—¡Suba enseguida!

A continuación sonó un disparo. El haz de fuego descendió por el hueco y estallo a los pies de Yukai, todo se llenó de humo y apretó el gatillo. Su tiro de energía chocó contra el muro y abrió un boquete.

Zotra bajó los escalones en vez de subirlos y saltó sobre Yukai, surgiendo del humo. Derribó al Mayor Inspector y corrió hacia la calle. Arriba se pronunció una maldición. El guardaespaldas de Mengol bajaba corriendo.

Yukai quedó indeciso. Dudó durante dos segundos si seguir a Zotra o quedarse allí. La llegada del hombre corpulento le impidió continuar calculando alternativas. El perro guardián de Mengol sostenía un arma y le apuntaba con ella.

Disparó dos veces. Produjo sendos agujeros en el pecho enorme del guardaespaldas. El rostro brutal se ennegreció y una mueca de estupor se formó en los labios gruesos, expresión que Yukai observó todo el tiempo que el hombre estuvo cayendo muy despacio hacia atrás.

Se asomó a la calle. Zotra corría, muy lejos de allí. Elevó la mirada y descubrió a Mengol saltar al edificio contiguo, donde había una plataforma de aterrizaje. Se maldijo por no haber supuesto que podía significar una vía de escape para su presa. Al poco se elevó un vehículo y desapareció a toda velocidad, ascendiendo hasta las nubes.

Yukai vio a Zorra doblar una esquina. Echó a correr. La gente se apartaba a su paso, temerosa ante la pistola que esgrimía.

Al final de la calle se abría otra bastante larga y algo más amplia. Zotra corría por el centro, volviendo la cara de vez en cuando.

Joron no quería perder de vista al comandante. Al infierno con las precauciones. Si lo había echado todo a perder no podía consentir que Zotra escapase. Era el único que podía ponerle de nuevo tras los pasos de Mengol. Se juró que lo obligaría a confesar la verdad. Tendría que explicarle qué hacía allí.

Zotra se dirigía hacia un vehículo aparcado, y Yukai sospechó que iba a burlarle. El coche debía ser del comandante. Se detuvo y sostuvo el arma con las dos manos para apuntar. Debía averiar el motor antes de que Zotra llegase a abrir la puerta de la cabina.

—¡Cuidado, amo!

El grito de Salomón le hizo saltar sobre la acera. Un coche llegó rugiendo y se detuvo con chirridos de frenos. Yukai giró el arma hacia él. Se abrió la puerta y asomó la cabeza de Kusinoi.

—Vamos, señor Yukai; entre. Déjele escapar.

Joron vio que el coche de Zotra se elevaba. Miró con rabia a

Kusinoi, quien le dijo con media sonrisa:

—Le advertí que la pistola era demasiado buena, señor. No la conoce bien y con un disparo habría volado el coche y la cabeza del comandante.

—¿Qué hace aquí?

—Llevaba varios días sin saber de usted y decidí darme una vuelta por aquí. Vamos, entre.

Yukai lo hizo. Se desplomó en el asiento, junto a Kusinoi. De pronto se sintió terriblemente cansado.

El otro activó los elevadores y el vehículo rugió al ascender.

—Explíqueme qué ha pasado.

Sin dejar de vigilar las luces del coche de Zotra, Yukai se lo explicó todo. Sólo omitió varias de sus torpezas. Le dolía reconocer ante aquel tipo tantas equivocaciones.

Para sorpresa suya, Kusinoi se calmó, esbozando ahora una sonrisa más amplia y diciendo:

—No se preocupe. Todo se puede corregir. Alégrese de no haber matado a Zotra y él nos llevará de nuevo hasta Mengol, y Mengol atraerá a su asesino.

—Parece estar muy convencido.

—Claro que sí. En realidad venía a decirle que el Asesino Alone llegó esta mañana a la ciudad.

—¿Alone?

—No tengo la menor duda de que la Cofradía lo ha enviado a él —añadió roncamente.

CAPÍTULO VII

Desde el interior del coche de Kusinoi, Joron observó el edificio del hotel *Galactus*. Se restregó las manos y dijo:

—Tengo que interrogar a Zotra.

—Ya lo ha visto entrar en el hotel —Kusinoi movió la cabeza—. Dentro no podrá ponerle las manos encima. Allí los huéspedes son inviolables.

—Averiguaré cuál es su habitación. Entre los dos podremos dominarle…

Kusinoi lo miró con ojos espantados.

—No cuente conmigo, señor Yukai. Estaría loco si provocara un altercado detrás de esos muros. La dirección del hotel es especialista en hacer desaparecer los cuerpos de quienes pretenden echar por tierra su prestigio de seguridad.

Yukai contuvo la carcajada. Cuando habló en plural se refería a Salomón y a él, en ningún momento pensó en Kusinoi, pero éste no le dio tiempo de aclarar nada, al menos alegar que se había equivocado.

—Págueme, señor Yukai.

Sorprendido, Joron vio que la puerta le era abierta, una invitación de Kusinoi para que saliera. Después de pagarle, naturalmente.

—¿A qué viene esto?

—Mis servicios con usted acaban ahora mismo. Este asunto se está complicando demasiado. No quiero verme mezclado en intrigas políticas a nivel estelar.

Yukai entornó los ojos.

—Sabe más, Kusinoi —dijo sacando el dinero—. Ha debido averiguar cosas. Dígame el precio.

—Se acabó —Kusinoi estaba pálido—. Le he traído hasta donde se hospeda el comandante. Zotra, precisamente en su hotel de lujo, señor Yukai —contó el dinero y asintió—. Está bien. Mi vida vale muchísimo más que cuanto pueda pagarme. Le deseo suerte.

—Supongo que eso será gratis —dijo Yukai, se encogió de hombros y salió del coche. Entonces comprendió que había obrado bien. Aquel tipo le había estado apuntando con una pistola oculta

dentro de su gabán, que sacó antes de arrancar y elevarse hacia los niveles rápidos de circulación.

—No parecía tan asustado mientras perseguíamos el coche de Zotra, amo —comentó Salomón.

Yukai se encaminó hacia la entrada del hotel. Se preguntó si sería detenido en la puerta por los celosos guardianes debido a su deplorable aspecto. Llevaba barba de varios días y las ropas estaban sucias.

—Ha presentido peligro —dijo Yukai—. Un sexto sentido le ha advertido que debe dejarme. Quizá es preciso una cualidad parecida para sobrevivir en este mundo, Salomón. Ese Kunisoi...

En la entrada los guardias le miraron con desconfianza, pero le dejaron entrar al mostrar su tarjeta en vigor de huésped del *Galactus*. Todavía quedaban dos días abonados en su cuenta.

En su habitación, Yukai dijo a Salomón mientras se desnudaba:

—Sería perder el tiempo intentar saber dónde vive Zotra. Salomón, deberás hacerlo tú —miró el comunicador del cuarto—. Conecta con el registro mientras me ducho. ¡Dioses, cómo apesto a pocilga!

Bajo la lluvia cálida de la ducha, Joron se percató de que Salomón se había mostrado poco hablador. Aquel silencio podía ser una buena señal. Quizá estaba demasiado ocupado ordenando las posibilidades.

Cuando salió del cuarto de baño recogió a Salomón, separándolo del comunicador. Lo extendió sobre su hombro. En su forma actual ni siquiera le molestaba cuando dormía. Se tendió en la cama y cerró los ojos.

—¿Has averiguado algo? —preguntó.

—Descansa, amo. Mañana te lo diré todo.

—¡Demonios, Salomón! Cuéntalo ahora. No tenemos toda la eternidad por delante.

—Lo sé. Pero necesitas estar descansado. Zotra ocupa una suite en el último piso, con aparcamiento privado. Me introduje en el computador de recepción y allí hay una orden del comandante de no ser molestado en las próximas quince horas.

—Puede largarse...

—Lo sabríamos apenas él saliera de su habitación. Amo, ¿es que no tienes confianza en mí?

—Sí, claro... —Yukai ahogó un bostezo—. Salomón, ¿qué ha debido descubrir Kunisoi para que de repente esté tan asustado? Habló algo de intriga a nivel estelar...

No concluyó la frase. Quedó profundamente dormido. Pero su *conciencia* no descansaba. Todos sus circuitos trabajaban aceleradamente. Salomón se tomó un instante de relajamiento y comentó como si quisiera escucharse a sí mismo:

—Amo, me has saturado de información acerca de la Cofradía, pero tu error ha sido no complementarla con datos referentes a quienes se aprovechan de ella. Descansa, amo. Yo velaré tu descanso.

* * *

—Despierta, amo —dijo Salomón—. Vamos, levántate. El comandante Zotra ha recibido hace unos minutos una llamada. Se trata de un mensaje con una dirección.

Yukai saltó de la cama y se vistió rápidamente. Tomó la pistola y se la guardó.

—¿Sigues en contacto con el ordenador de recepción? ¿No has reconocido la voz de Mengol? —preguntó abriendo la puerta.

—Ha sido un mensaje grabado, voz impersonal. Los bloqueos de seguridad del ordenador no me permitieron escucharlo completo.

—Por lo tanto...

—Lo siento, amo. No sé dónde se celebrará la cita.

—Está bien. Lo averiguaremos.

Esperó a que unas camareras desaparecieran por el final del pasillo para entrar en uno de los ascensores. Salomón le advirtió:

—Todos los trayectos quedan registrados, amo. Debes bajar hasta el vestíbulo y desde allí subir al último piso. Así creerán que has salido a tomar una copa. Hay objetivos de televisión en cada piso, en cada rincón.

Yukai marcó el botón del vestíbulo. Mientras el ascensor bajaba, preguntó preocupado:

—¿Cómo podríamos subir hasta el último piso sin que la dirección del hotel supiera que lo hago yo?

—Pulsa el piso quinto. Allí están los comedores. Hay un ascensor para el servicio. Su entrada posee un posee un código, pero yo lo he

descubierto anoche. Los camareros no han de pasar por el control.

Joron hizo lo que le había aconsejado Salomón, aunque le corroía el nerviosismo porque no dejaba de pensar que a causa de tanto tiempo perdido Zotra podía marcharse del hotel.

Minutos más tarde llegó al último piso. Buscó la puerta de la suite del comandante. Antes de llamar se aseguró que no había nadie en el pasillo.

Sabía que desde dentro podía verle su cara. Notó que el visor de la puerta le escrutaba. Pasaron los segundos. Yukai empezó a impacientarse. Sabía que iba a iniciar una sarta de insultos contra Salomón por haberle hecho perder tanto tiempo.

Como si le hubiera leído los pensamientos, Salomón dijo:

—Está dentro, amo.

—¿Por qué no abre? —preguntó ásperamente.

—Sólo podemos saberlo entrando.

Yukai sacó la pistola, la graduó al mínimo y disparó contra el cierre. El disco codificable saltó y él empujó la puerta propinándole un puntapié.

—No temas. Este nivel apenas está alquilado. El servicio no vendrá hasta dentro de una hora. Tenemos tiempo de sobra.

—¿Para qué? —preguntó Yukai con desaliento al descubrir el cadáver del comandante Zotra tendido en medio del salón.

—Siempre se puede interrogar a un cadáver reciente, amo.

Yukai observó a Zotra, el vientre achicharrado. Tenía la cara vuelta hacia arriba y los ojos muy abiertos, con expresión de horror todavía en sus pupilas nubladas. Los muebles no estaban revueltos. Allí no había habido lucha.

—Quien lo haya matado fue invitado a entrar —dijo Yukai.

—Una observación acertada, amo. Zotra fue obligado a hablar. Confesó aun sabiendo que tenía pocas posibilidades de vivir, pero se aferró a la esperanza de que su enemigo cumpliese con la palabra que debió darle de no matarlo si hablaba.

—¿También quería saber dónde encontrar a Mengol?

—Posiblemente.

Yukai se incorporó. Empezó a abrirse el traje y con delicadeza fue levantando la lámina color carne de su hombro.

—Entonces debió ser el Asesino, Alone en tal caso si Kusinoi no se equivocó al afirmar que ya está en Trámala. Salomón, ¿sabes lo que

espero de ti?

—Sí, amo.

Joron colocó a Salomón sobre el cráneo del muerto.

Con la respiración contenida observó cómo de la lámina surgían unos delgadísimos filamentos que se introdujeron en la cabeza de Zotra. Se apartó un poco y esperó. Salomón debía saber que su envoltura actual no había sido diseñada exclusivamente para pasar desapercibido, sino también para hurgar en las mentes de los vivos y los muertos.

Al cabo de un instante que Yukai no pudo medir, Salomón le dijo:

—Ya está, amo. Apenas a tiempo he reconstruido los hechos. El cerebro todavía no estaba destruido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Yukai reintegrando a Salomón sobre su hombro—. ¿Has podido saber quién lo ha matado?

—Ha sido un hombre que responde a la descripción de Alone Starsilver, amo. Zotra, por supuesto, no lo conocía ni el Asesino se identificó.

—¿Cómo pudo entrar sin violentar la puerta?

—Llegó en el momento en que Zotra iba a salir. Lo desarmó y lo obligó a entrar. Le preguntó dónde podía encontrar a Mengol. El comandante intentó quitárselo de encima dándole la dirección de ese barrio de baja estofa donde perdimos tres días, amo. Pero Alone había estado allí hacía unas horas y se puso muy furioso.

—Admito que Alone supiera donde vivía Mengol —murmuró Yukai—, pero es inexplicable que haya venido a este hotel buscando a Zotra, convencido de que éste podía darle la información que quería.

—Alone prometió no matar a Zotra si hablaba.

—¿Quién es tan estúpido de creer en las promesas de un Asesino? Quien lo hace termina como Zotra.

—Salgamos cuanto antes, amo. Apenas encuentren el cadáver convertirán el hotel en un infierno, lo revolverán todo hasta encontrar al hombre que ha violado la seguridad.

—¿Podrían relacionarme?

—No lo sé. De todas formas sería conveniente no volver por aquí. Olvídate de tu equipaje. Si has de dormir esta noche en Hamende, hazlo en una callejuela; estarías más seguro que regresando al *Galactus*.

—Bonita perspectiva —gruñó Yukai. Salió de la habitación y lamentó que la puerta tuviera tan lamentable aspecto. El servicio vería enseguida el desperfecto.

Yukai salió a la calle. El corto periodo de luz solar de Hamende estaba llegando a su fin y la tarde caía rápidamente. Aquel día la atmósfera estaba muy cargada y la niebla bajaba hasta las calles.

—¿Dónde está Mengol? —preguntó mientras entraba en una oficina de alquiler de vehículos.

—Refugiado en las viejas ruinas, amo —musitó Salomón con rapidez, y guardó silencio ante la llegada de un empleado de la agencia.

CAPÍTULO VIII

—¿Qué son las viejas ruinas, Salomón? —preguntó Yukai.

Llevaba un rato conduciendo el vehículo, a mínima velocidad, por el nivel de tráfico lento. No podía hacer otra cosa mientras estuviera volando por entre los edificios de gran altura. La niebla se había espesado y las luces especiales del coche apenas podían permitirle ver más allá de los cien metros.

—Este planeta fue del dominio del Gran Imperio.

—Lo sé. He preguntado por esas ruinas.

—Hamende nunca fue una posesión de la que se sintiera orgulloso el Emperador. Pese a todo, ordenó construir un gran palacio para el virrey. Hasta hace un par de siglos fue un edificio suntuoso. Las guerras que mantuvo la decadente Superioridad, en su última retirada después de ser expulsada de la Tierra, arruinaron el palacio, nadie se preocupó por él y ahora es una enorme ruina situada en una loma fuera de la ciudad.

Yukai consultó el mapa luminoso y se aseguró de que iba por buen camino pese a la niebla. Por fin lograron dejar atrás los altos edificios y pudo pasar el coche al nivel rápido. Era peligroso volar a máxima velocidad, pero el tráfico era mínimo. Salomón seguía dentro de su mente y le advirtió:

—Sé prudente, amo.

—Lo seré, pero no puedo correr el riesgo de que el Asesino llegue antes que yo a las ruinas. Si encuentra pronto a Mengol lo matará y nosotros sólo veremos otro cadáver.

—Nos lleva poca ventaja, amo. En realidad casi nos topamos con él en el hotel. Calculo que llegaremos a las ruinas antes que él.

—¿Lo crees así?

—Es lógico suponerlo. Alone no sabe que tú lo sigues. Por lo tanto, no correrá el riesgo de romperse la crisma volando como tú lo haces.

Estaban dejando atrás la ciudad. Ahora se difuminaban los niveles de tráfico. Yukai desconectó el faro de seguimiento y manejó el vehículo después de anular los automáticos. Incluso la niebla era menos densa.

—¿Qué más sabes acerca de las ruinas?

—Ocupan una gran extensión, contando con los antiguos jardines del virreinato. A veces están habitadas por seres marginados. Ya puedes imaginarte cómo puede ser la escoria de este planeta plagado de escorias, amo. Será fácil entrar en esa zona, pero difícil salir de ella.

—De noche todo puede resultar más tétrico, Salomón.

—Para mí no existe diferencia entre la noche y el día, amo. Sólo la que tú aprecias cuando me dejas compartir tu visión.

¿Era una imploración para que él le dejase permanecer en su mente? Yukai la consideró así y decidió no rechazarle. Ahora más que nunca necesitaba a Salomón.

Le hubiera preguntado qué había sentido al explorar el cerebro de un muerto, rastrearlo mientras los recuerdos se esfumaban al mismo ritmo que las neuronas se corrompían. Decidió postergar la cuestión, pero la respuesta le obsesionaba.

En un momento en que la niebla se desgarraba y la luz de las lunas encendía en blanco el paisaje, Yukai observó directamente en el horizonte la línea quebrada sobre la loma de las viejas ruinas. Más al este resplandecía el astropuerto decadente de Trámala. Anotó mentalmente el proyecto de dirigirse allí si todo concluía en los restos del palacio, no regresar a la ciudad y huir cuanto antes de Hamende, de aquel planeta lúgubre y peligroso.

La niebla volvió y tuvo que usar de nuevo los instrumentos para encontrar su destino. Hizo descender el vehículo y las luces especiales perforaron la gasa blanca y le permitieron buscar un terreno liso donde posar el aparato, al resguardo de unos muros corroídos.

Yukai se cubrió con una capa antes de abandonar el vehículo. El viento frío del norte le azotó el rostro. Aseguró la entrada de la cabina. Si alguien merodeaba por allí y pretendía robarle iba a encontrarse con una desagradable sorpresa.

Echó de menos unas gafas especiales para ver a través de la niebla. Tendría que valerse exclusivamente de sus ojos y oídos. Confiaba que Salomón le serviría de lazarillo en determinadas circunstancias.

Se alejó del coche, confiado. Estaba bastante oculto y las fogatas de algunos campamentos de marginados brillaban sólo al oeste de las ruinas. Al parecer nadie elegía los viejos muñones del palacio como

refugio. Preguntó a Salomón si conocía la respuesta.

—Estos vagabundos son supersticiosos —respondió su *conciencia* con burla, con tono despreciativo hacia los temores de los humanos —. La leyenda dice que el último virrey practicaba la magia negra y una noche convocó los espíritus de los primitivos emperadores para volver a restablecer el Gran Imperio. Todavía siguen merodeando en las ruinas después de devorar a quien perturbó su sueño milenario.

—Mengol debe estar muy asustado para elegir semejante escondite —gruñó Yukai sacando la pistola. La apretó con tanta fuerza que le dolieron los dedos—. Debió pensar que quien interrumpió su entrevista con Zotra y mató a su guardaespaldas era el Asesino de la Cofradía.

—Sin duda, amo.

Yukai miró con desesperación las ruinas. Eran extensas. ¿Cómo iba a encontrar a Mengol aquella noche? Necesitaría días enteros para recorrerlas por entero.

Salomón asimiló sus temores y se apresuró a decir:

—Amo, cuando te alejes de los jardines, los campamentos de los marginados no me impedirán rastrear los contornos. Puedo detectar el calor de un cuerpo humano.

Joron siguió caminando, siempre protegiéndose un flanco. De vez en cuando volvía la cabeza y miraba a sus espaldas. Vio columnas aparecer en la niebla, restos de mármoles erosionados por los vientos, montones de piedras y piras de metales y plásticos. La vegetación llevaba dos siglos combatiendo con las ruinas y era evidente que vencía.

—Amo, percibo la presencia de más de un humano, sigue caminando cien metros más y luego desvíate a la derecha, hasta llegar a un espacio libre, tal vez fue un salón de baile para mil personas. Al otro lado, tras una fila de columnas, hay una estancia con restos de su techo. Allí debe estar...

—¿Mengol?

—No me pidas más de lo que soy capaz, amo. Puede ser una persona o más. Tal vez tres, aunque no estén agrupadas. Una de ellas está próxima al antiguo salón.

Yukai apretó los dientes y siguió avanzando. El aire calmado empezó a agitarse y la niebla se movió perezosamente. Podía levantarse en cualquier momento si el viento aumentaba.

De pronto, cuando los pies de Yukai descendieron por unos escalones desgastados y el suelo comenzaba a ser llano, cubierto por losas de mármol, estalló un relámpago a lo lejos, cuyo resplandor taladró la niebla todavía espesa.

—Es un disparo —susurró Yukai apoyándose contra un muro.

—Sí.

Pasaron unos minutos durante los cuales Yukai esperó que la niebla siguiera alejándose empujada por el viento. Alzó la mirada al cielo y vio las primeras estrellas de la noche. Se preguntó si al aclararse la atmósfera sería una ventaja para él. Hasta el momento había considerado la visión limitada como un factor aliado de él.

—Ha sido muy lejos, al otro lado del salón, amo —dijo Salomón.

Esperó un poco más. No se efectuó ningún otro disparo y salió del muro.

Apenas pisó la primera losa del espacio despejado cuando de su derecha surgió un haz blanquecino que acabó a un metro de distancia. La energía pulverizó el mármol y algunas esquirlas arañaron la mano de Yukai que empuñaba la pistola.

Sus reflejos actuaron antes que la mente. Disparó con contra la dirección de donde había sido atacado.

La niebla se esfumaba con rapidez y pudo ver que su descarga derribaba una columna. Una sombra saltó de ella y corrió a refugiarse detrás de otra.

—Si hubiera disparado cinco segundos más tarde habría podido apuntar mejor y ahora no estarías vivo, amo

—Buena ayuda tengo contigo —le recriminó el hombre mientras apuntaba de nuevo.

Se encontraba sin protección alguna y el agresor podía pulverizarle en cualquier momento. Sólo tenía que arriesgarse un poco y salir de su escondite. Yukai continuó vigilando el lugar donde lo suponía agazapado. Si se movía de allí no le daría ocasión para sacar la cabeza.

Creyó ver una sombra surgir de la siguiente columna y disparó. Había apuntado contra la base y ésta salto rota en mil pedazos. Varias toneladas de mármol se desplomaron sobre la antigua sala de baile. Su ruido fue como el golpear de tambores que anunciaran la próxima muerte de un hombre.

Lo peor para Yukai fue el polvo que se levantó con la caída de la

columna. Con rapidez, obedeciendo la orden de Salomón, se movió y desplazó su cuerpo un par de metros. El lugar que había ocupado un segundo antes se convirtió en una bola de fuego.

Todavía le quemaba la piel cuando efectuó otro disparo, medio cegado por el resplandor de las llamas. La figura que se agitaba nerviosa tras las columnas echó a correr. Yukai falló el primer tiro, pero el segundo lo dirigió contra la cúspide del falo de mármol tras el cual quería protegerse su enemigo.

Enormes trozos de granito cayeron como una lluvia mortal sobre la cabeza del desconocido tirador.

Yukai escuchó un grito de dolor y por un momento temió que fuera una estratagema. Corrió a protegerse detrás de unas piedras.

—Está herido, amo —le advirtió Salomón.

El hombre apretó los dientes y esperó un poco. Luego, con miedo y muy despacio, asomó la cabeza. Frente a él todo estaba quieto y silencioso, demasiado para que pudiera tratarse de una trampa.

Aspiró profundamente y salió.

CAPÍTULO IX

No quiso correr el riesgo de atravesar el espacio abierto, regresó a la galería y anduvo saltando de columna en columna y sin dejar de observar a su alrededor.

Se acercó al punto donde su disparo había producido la lluvia de cascotes. Descubrió una pierna, siguió andando y alcanzó a ver también un brazo, y muy lejos de la mano con dedos engarfiados, una pistola de gran calibre cubierta de polvo.

Yukai quedó quieto, tenso. Se preguntó quién era el muerto y temió haber cometido de nuevo un error. Si habla matado a Mengol podía despedirse de que el Asesino hiciera su aparición. Por el contrario, como una burla corrosiva, él habría hecho su trabajo.

Caminó alrededor del cuerpo. La luz de las lunas era suficiente para saber desde una distancia de dos metros que no se trataba de Alone, ni tampoco de Mengol.

Una piedra había golpeado la cabeza del hombre. La sangre que la cubría seguía manando de la herida en la frente. Debía tener roto el cráneo. Con la punta de su bota lo giró y contempló el rostro de quien todavía respiraba, pero caminaba hacia la muerte irremediablemente.

—Kunisoi —susurró.

—Acabó su trabajo a tu servicio y se apresuró a ofrecerlo a otro, amo —dijo Salomón.

—Su ética podía parecer extraña a los demás, pero él la observó escrupulosamente —dijo Yukai inclinándose sobre el herido.

Kunisoi abrió los ojos y lo miró.

—¿Rescindiste nuestro contrato por miedo o el motivo fue para servir a otro que te pagaba mejor? —preguntó Joron.

Una sonrisa forzada, llena de dolor, fue la primera respuesta. Después, moviendo tos labios como si fueran de plomo, Kunisoi dijo guturalmente:

—Júrame que me matarás y te diré... ¡Por los dioses, Yukai, mátame! No puedo soportar el dolor. Estoy acabado.

Yukai asintió con la cabeza. En otro planeta más civilizado la ciencia podía hacer algo por él, pero no en Hamende. Allí las prótesis escaseaban aunque abundaba el vino y las drogas, las mujeres y

cualquier clase de satisfacción para quien pudiera pagarlas.

—Te liberaré de tus sufrimientos, Kunisoi.

—Has adivinado algo... Sí, tuve miedo cuando vi al Asesino Alone llegar a la ciudad. Recuerda que viene a acabar el trabajo que no pudo concluir su hermano de Cofradía. Un cofrade ansioso de venganza es... incontrolable. No deseé estar más tiempo a tu lado.

—Pero Alone podía averiguar que tú estabas metido en el asunto, ¿no?

—Sí, lo pensé. Te ayudé cuando escapó Zotra, pero mi interés era saber dónde se escondería el comandante, si iba a volver al hotel

—Voy entendiendo —asintió Yukai. Manipuló la pistola. A corta distancia una descarga mínima sería suficiente—. El miedo y el dinero fueron suficientes.

—Alone apenas me pagará —sonrió Kunisoi forzadamente—. ¿No recuerdas que te dije que mi vida era demasiado valiosa? Ahora no vale nada... Vamos, Yukai. Aprieta el gatillo.

—Dime antes...

—¿Si yo dije a Alone dónde podía encontrar a Zotra? Sí, lo hice. El cofrade lo mató después de saber que Mengol está aquí escondido.

—¿Dónde está Alone?

—Oh, vamos, Yukai. Sigo estando ahora a su servicio.

—Te dejaré que sufras.

—Está... bien. Vine con Alone a estas ruinas y él se largó en busca de Mengol.

—¿Quién disparó antes de que tú lo hicieras contra mí?

—¡Mátame de una vez! —jadeó—. No lo sé, Yukai, es la verdad. Alone sabe que estás aquí y me ordenó que no te dejara pasar.

—Debió ordenarte que me mataras, sapo —escupió Yukai.

—Lo dejó a mi albedrío. Maldito seas, Yukai. Alone pudo haberte matado en el *Galactus* y no lo hizo. ¿Qué eres tú para ese engendro?

Un borbotón de sangre cegó los ojos de Kunisoi y dejó de moverse. Yukai se aseguró de que había muerto y se alegró de no tenerlo que rematar. Murmuró mientras se incorporaba:

—Me gustaría saberlo, Kunisoi, me gustaría saberlo. ¿Tienes alguna respuesta, Salomón?

—Estoy perplejo, amo. Es como si le fuera indiferente al Asesino que tú mueras o no.

Yukai se volvió para mirar hacia la fila de apretadas columnas.

Más allá de éstas había resplandecido el primer disparo de la noche.

—Sigo percibiendo la presencia de vida al otro lado, en la estancia con parte de su techumbre, amo.

—¿Una persona o dos?

—Una sola, amo.

¿Se trataba de Alone o Mengol? Quien no fuera podía estar más lejos, escondido, con el alma en tensión y el dedo acariciante sobre el disparador de su pistola.

Si allí había estado Mengol y la aparición de Alone lo había hecho huir, el Asesino podía estar rondando cerca, calculando cómo sorprender a su presa mientras Kusinoi se enfrentaba con él, manteniéndole, al menos, alejado del coto de caza.

Yukai tomó la pistola del muerto. Disparaba diferente a su arma, pensó. La amartilló y apretó el gatillo dos veces, con una pausa de cinco segundos. La vieja sala de baile se iluminó con tonos fantasmagóricos.

Luego aguardó cinco minutos antes de echar a andar hacia la estancia al otro lado de las columnas.

Había una puerta abierta y sombras al otro lado. Atisbo un resplandor de luna que iluminaba un trozo de suelo. El resto, protegido por el techo, debía permanecer en oscuridad. Allí podía estar esperándole la muerte pese a su estratagema tosca. Los disparos con la pistola de Kusinoi no le aseguraban que el Asesino pensara que el Mayor Inspector había perdido la batalla.

Caminó con sigilo, buscando el amparo de la oscuridad. Retrocedió unos metros, salió de la sala, dejó atrás la galería y rodeó el perímetro de la estancia. Las paredes se mantenían altivas y al parecer la única entrada era la puerta que él había visto.

Pero el siguiente muro poseía una ventana panorámica. Pasó ante ella, agachado. Más allá existía una grieta lo bastante amplia para permitirle pasar. La tercera pared no sostenía el techo y por aquel lado entraba la luz de los satélites. La cuarta, la de la puerta, la tenía ahora al frente, mirándola a través de la grieta.

Yukai se agachó y dejó que Salomón ocupase toda su mente, que mirase con su visión infrarroja a través de sus ojos y escrutase las sombras que tenía a su derecha, en el interior de la estancia rectangular.

—¿Qué ves? —preguntó con voz tan baja que ni él mismo se

escuchó.

—Hay alguien. Vive. Está a la derecha de la entrada. Debe suponer que quien sea entrará por ahí. Un momento. De vez en cuando mira hacia aquí y a la ventana. No se fía en absoluto.

—Yo haría lo mismo si fuera Alone —asintió Yukai—. Porque se trata del Asesino, ¿verdad?

—No lo sé. No capto más vida humana ahí dentro, amo. Quien está escondido le cubre una capa muy amplia y su sombrero le oculta el rostro.

Su truco de los disparos no había sido muy efectivo, pensó Yukai. Se movió un poco y adoptó una postura más cómoda. Podía ser mucho tiempo el que esperase allí. Si alguien se enfrentaba con un Asesino y pretendía vencerle no podía perder los nervios. Iba a necesitar la paciencia de un felino.

Continuó su comunicación mental con Salomón. La *conciencia* le dijo que el otro apenas se movía. Si no fuera porque percibía sus palpitaciones juraría que estaba muerto.

—No cabe duda de que es Alone —susurró Yukai—. Mengol debió escapársele y quedó ahí mientras Kusinoi se enfrentaba conmigo. No quiso salir hasta ver el resultado del enfrentamiento y ahora está atrapado.

—Mengol debió vivir aquí desde que huyó de la ciudad, amo. Hay restos de comida esparcidos por el suelo que puedo ver. Existe un rincón que escapa a mi rastreo y sólo noto bultos, como un saco de dormir y otros objetos.

Yukai pensó que Alone debía estar ansioso por salir de la estancia para proseguir buscando a Mengol, quien debió escapar por la ventana, la misma grieta que él vigilaba o por la parte del muro derribado.

Pero pasaron los minutos y más de una hora. Yukai sentía frío y temía que los músculos se le agarrotasen. El amanecer de Hamende empezó a surgir por el horizonte, más allá de donde debía estar la ciudad de Trámala.

—Atención... —susurró Salomón—. Nuestro hombre se mueve.

Yukai ahogó su alborozo. Su paciencia había sido la vencedora en aquel duelo.

Jamás pensó en irrumpir en la estancia. Alone hubiera podido matarle diez veces antes de que él llegase a pensar en apretar el

disparador de su pistola. Sólo había podido esperar, llegar a cansar al otro.

Y ahora parecía haberlo conseguido.

Se apartó de la grieta y sólo cuando se lo aconsejó Salomón, elevó la cabeza y vio una sombra que se acercaba a la puerta. El Asesino escrutaba la sala de baile. Su capa se agitó cuando cruzó la entrada.

Yukai se enderezó y escuchó crujir sus huesos. Se introdujo por la abertura y caminó alejándose de los desperdicios dejados por Mengol. Alone ya estaba fuera, a punto de rebasar la galería. Parecía tener curiosidad por saber quién era la figura tendida más allá, medio cubierta por los trozos de mármol de la columna

Haciendo un esfuerzo sobrehumano para ahogar un creciente temblor, Yukai cruzó el umbral de la puerta.

Adelantó el brazo, se sujetó la muñeca, rozó el gatillo y dijo a Alone que le daba las espaldas:

—Te estoy apuntando, Starsilver —se maldijo porque su voz surgió demasiado ronca. Temió que el otro interpretara el tono como asustado—. Un solo gesto y te parto en dos.

Alone tenía los brazos fuera de la capa, la mano derecha empuñando la pistola. Yukai vio el cañón de ésta moverse un milímetro. Era, pese a todo, como estar apuntando a una estatua

—Te creía ya de vuelta en la ciudad, Joron Yukai —dijo el Asesino.

Joron hubiera reído allí, gritado que había engañado a un cofrade. Su paciencia, la tensión vivida durante casi dos horas de espera, había tenido la recompensa deseada.

Podía sentirse orgulloso por tener bajo su poder a Alone. Aunque Mengol había matado a un cofrade, él podía ser el primero en apresarlo. Pese a saber que no podría llevarlo con vida a la Tierra y exhibirlo en una jaula el Gobierno, Salomón se encargaría de arrancarle del cerebro todo cuanto pudiese ser utilizado más tarde para aniquilar la Cofradía.

—Te felicito por no haber pensado que tu siervo Kusinoi había acabado conmigo. En realidad no esperaba que lo creyeras —dijo satisfecho por sentirse tranquilo, sin nervios—. Ahora suelta el arma y quítate la capa Luego te volverás despacio. Quiero ver tu cara Alone, tu asquerosa cara de asesino.

—Se mata bajo muy diversas condiciones y legalidades, pero al

final el producto es la muerte. No veo ninguna diferencia entre tú y yo —rio Alone. Dejó caer la pistola al suelo y separó los brazos. Comenzó a volverse.

Yukai retrocedió un paso. Estaba algo confundido. Todo empezaba a parecerle demasiado fácil. Antes de que llegara este momento había imaginado que Alone se dejaría matar para no ser hecho prisionero.

Miró el rostro delgado de Alone. No se había cambiado las facciones. Su llegada a Hamende estaba arropada por el orgullo del desafío.

—Volvemos a vemos después de un año, Joron —dijo el cofrade.

—Entonces pudiste matarme. Estarás arrepentido de no haberlo hecho.

—Jamás me arrepiento de nada, Mayor Inspector.

—Ahora cambiarás de opinión.

—Nada de eso.

—Pronto te abandonará tu orgullo, tu seguridad insolente.

—¿Qué piensas hacer conmigo? —Alone entornó los ojos. Buscaba algo en el cuerpo de Joron—. ¿Dónde está tu *conciencia*? Sé que te procuraste una nueva. Rey David era simpático, pero muy peligroso.

—Te diré lo que voy hacer contigo. Te voy a interrogar; vas a decirme todo cuanto deseo saber.

—Estás loco. ¿Toda tu experiencia acerca de nosotros no te grita que es imposible hacemos confesar los secretos de la Cofradía? Perderás el tiempo.

—Tengo algo que me ayudará a despellejar tus recuerdos.

—No lo discuto, Joron. Ahora quiero pedirte algo.

Yukai hinchó el pecho. No esperaba ninguna petición de Alone. ¿El Asesino iba a implorarle? ¿Acaso pretendía comprarle para que le dejara libre?

—Te escucho.

—Yukai, debes dejarme marchar.

Joron soltó una carcajada.

CAPÍTULO X

—Nunca pensé escuchar esto de tus labios. Tus hermanos de Cofradía te maldecirán por tu cobardía.

—No se trata de ningún temor, Yukai.

—¿Qué es entonces?

—Te haré un favor si me dejas continuar en mi misión. No olvides que debo matar a Mengol. El contrato ha de cumplirse.

—Ya. Era un contrato renovable. Si moría un Asesino otro ocuparía su lugar, y así hasta que la víctima dejara de vivir.

—Eso es. Son pocos los contratos que se pactan en estos términos.

—Algo costoso.

—Mucho.

—Vuestro cliente debe ser muy rico.

—Lo es.

—Me sorprendes. Hablas como si estuvieras seguro de salir ileso con esto.

—Tengo pocas dudas de que tú me dejarás marchar.

Yukai sintió rabia. De buena gana hubiera disparado, destrozado el corazón de Alone. Salomón tendría tiempo de perforar la mente del Asesino. A la Tierra podía volver con la cabeza del cofrade y tirarla sobre la mesa de Tingall. Un magnífico trofeo.

Pero no disparó. Había demasiada seguridad en las palabras de Alone. Podía dejarle vivir un poco más.

—Tienes poco tiempo para intentar convencerme, Alone.

—Lo imagino. Yukai, estás obligado a dejar que yo cumpla el contrato. Tengo que matar a Mengol.

—Explícate.

—Tú eres un servidor de la Sede Terrestre. Has jurado fidelidad a tu Gobierno, al Presidente, a todos tus superiores, incluyendo al Delegado Tingall y al Planificador Kadoroe.

Yukai empezó a palidecer. Salomón permanecía en silencio.

—¿Estás insinuando acaso...? —empezó a decir.

—Me parece que empiezas a adivinarlo. ¿Debo decirte yo quienes recurrieron una vez más a la Cofradía?

—¡No es posible!

—¿Por qué te sorprendes? Hace tiempo tú y yo sostuvimos una

entrevista. El Gobierno de la Sede Terrestre tenía que desembarazarse de un elemento peligroso para su seguridad y me encargaste un trabajo. Me entregaste un dinero para que la Cofradía matara a alguien. Yo lo hice, lo sabes muy bien.

—Se me aseguró que después de aquello no se volvería a solicitar nada de la Cofradía —balbució Joron.

—El tiempo y las circunstancias pueden modificar los propósitos de los hombres. La política estelar es exigente y nada decente en estos aspectos.

Yukai notó que la pistola le temblaba y la apretó más. Recordó lo que le dijo Kusinoi delante del hotel. Habló de intrigas, de juegos con la política estelar a alto nivel. Aquel tipo debió descubrir algo, relaciones de la Cofradía con la Tierra.

—Me hubiera enterado de todo —mascullló—. Pertenezco al Gobierno, no lo olvides.

—Tus fricciones conmigo, tu odio por la Cofradía, te apartaron de este contrato, Yukai —sonrió Alone—. Debo admitir que en esta ocasión has sido más hábil que yo y me tienes en tus manos, pero estás obligado a permitir que yo cumpla lo que desean tus superiores. Si ellos quieren que Mengol muera, debe hacerse.

—¿Por qué mataste al comandante Zotra? Todavía debes convencerme, Alone. Si te mato aquí jamás lo sabrían en la Tierra.

—Es posible, pero ignoras que el contrato no es renovable indefinidamente. Conmigo se extinguirá, y si Mengol sigue con vida, la Tierra se encontrará en una situación difícil.

—Necesito más.

—Sólo soy el brazo ejecutor, pero puedo agregar que en su exilio dorado, el almirante Laskae aguarda impaciente la vuelta de Zotra, su hombre de confianza, quien debería llevarle unos informes vitales para llevar a cabo un plan vasto, con el cual derribar el Gobierno de Kendall y acabar con la integración de los *nohu* en la sociedad de las sedes controladas por la Tierra.

—¿Informes? ¿Qué clase de informes?

—Los desconozco. Mengol es el poseedor de una propuesta para Laskae. Ha debido descubrir el talón de Aquiles de la Sede Terrestre, sin cuyo conocimiento el Almirante no se atreverá a provocar el levantamiento de parte de los ejércitos. Ah, Yukai. Llevas mucho tiempo fuera de tu hogar. ¿No sabías que el Gobierno promulgó hace

poco la ley para integrar a los humanoides?

Pensó en Larsla. La imagen de la muchacha resultó tan fuerte que pareció tenerla frente a sus ojos.

—¿También te ordenaron acabar con Zotra?

—De ninguna manera. La muerte de éste ha sido necesaria únicamente para llegar hasta aquí.

—Pero Mengol se te ha escapado…

—No dudes que puede considerarse muerto —sonrió Alone.

—¿Qué pasaría si él acaba huyendo de Hamende?

Alone se encogió de hombros.

—Laskae tendría en su poder un arma de enorme eficacia para desprestigiar al Gobierno de Kendall. Las poblaciones de las Sedes han aceptado la ley promulgada, pero bastaría un escándalo para que éstas se lanzaran furiosas contra los actuales regidores. El terreno quedaría expedito para Laskae.

La rabia infinita que embargaba a Yukai dejó paso a la desesperación, a la impotencia. Casi no reconoció su voz cuando dijo:

—Márchate.

Agradeció a Alone que no dijera nada. Cualquier comentario de éste podía hacerle rectificar y matarlo inmediatamente.

El Asesino se limitó a inclinar la cabeza, un saludo inconcreto y escasamente calificable. Empezó a retroceder, primero de espaldas, y cuando hubo rebasado la galería, procedió a volverse despacio.

Yukai se acercó al arma del cofrade, la tomó y extrajo la carga.

—Tómala. La necesitarás.

Arrojó la pistola, que el cofrade agarró en el aire. Agitó una mano.

—Starsilver…

—Dime, Yukai.

—¿Por qué no me mataste en el hotel? ¿Es cierto que allí me tuviste en tus manos?

—Es verdad.

—Te hubiera sido fácil liquidarme. ¿Qué te lo impidió?

Alone lo miró fijamente. Se guardó el arma. La capa se agitó al viento y los brazos del Asesino desaparecieron dentro.

—No debes conocer la respuesta.

—¿Por qué?

—Adiós, Joron Yukai. Quizá sea ésta la última vez que nos veamos, aunque si sigues insistiendo…

—Termina.

—Acabaré matándote.

Yukai escondió la pistola y quedó inmóvil junto a la entrada de la estancia. Vio al Asesino cruzar la sala de baile que a la luz del amanecer le pareció más tétrica incluso que durante la noche.

Se estremeció a causa del frío, o él lo achacó al frío. Tal vez conservaba aún algo del miedo que padeció durante la noche.

Permaneció todavía unos minutos. Lentamente volvió a entrar en la estancia. Ahora podía ver hasta el último rincón. Donde había creído que estaba el saco de dormir yacía un cuerpo tendido.

—Ha sido una lástima que no lo viéramos antes, Yukai —dijo Salomón.

Joron escuchó el ruido de un vehículo volar sobre las ruinas. El Asesino se apresuraba a escapar del planeta.

—Debí imaginarme que lo mató cuando llegamos a las ruinas —jadeó Yukai—. Alone había cumplido su contrato. He sido un imbécil. Ahora estará riéndose de mí. Lo tuve en mi poder y le dejé marchar.

—Regresemos, Yukai. Sería peligroso ir a la ciudad.

—Tienes razón. Nos queda poco tiempo para volver a la Tierra.

—Así es. El plazo se nos acaba —Salomón emitió un sonido que a Yukai le pareció un suspiro—. Lamento no haber sondeado la mente de un cofrade. Hubiera sido una experiencia única.

Yukai reaccionó. Tenía que salir de allí cuanto antes. La zona era peligrosa. Miró con recelo hacia los desolados jardines, repletos de marginados. Sólo respiró tranquilo cuando entró en su vehículo alquilado.

Mientras volaba en dirección al astropuerto repasó las palabras de Salomón. Su *conciencia* había expresado su deseo de volver porque el tiempo corría deprisa. Quizá sabía desde que ocupó la envoltura provisional que debía volver a su pirámide de metal en un plazo determinado.

Yukai sonrió. Algún día terminaría de comprender a Salomón.

¿O era también Rey David?

—Dime, Salomón, ¿te hubiera gustado que el Asesino estuviera muerto ahora?

La respuesta tardó.

—Amo, yo no puedo sentir satisfacción por la muerte de un humano.

Pero Yukai no lo creyó.

* * *

En Lebaa, Yukai leyó un mensaje que te esperaba. Era de Kamael. El antiguo miembro del Departamento le pedía disculpas por no hallarse en el astropuerto esperándole. Un asunto urgente había exigido su marcha a otro mundo.

Yukai pensó que la muerte de Kusinoi había llegado a Lebaa antes que él y Kamael, asustado, decidió poner mucha distancia por medio.

Después de reservar un pasaje para la Tierra, Joron entró en una cabina y pidió una llamada. Dio el código de Larsla y rezó mientras esperaba para que ella estuviera en casa.

Sonrió cuando el rostro de Larsla surgió en la esfera visora.

—Cariño —dijo Yukai—, no tengo mucho tiempo para hablar contigo. Quiero que vengas a la ciudad lo antes posible.

Ella dejó de sonreírle y mostró su preocupación. Yukai aseguró que no ocurría nada, agregando:

—No puedo dejar de regresar hoy mismo a la Tierra, pero la semana próxima partirá otra nave. Te reservare un pasaje a tu nombre. Larsla, quiero que te reúnas conmigo.

—Yo... —dijo ella—. La Tierra es un mal lugar para nosotros los *nohu*. Me gustaría, pero...

—No pronuncies más esa palabra, te lo ruego. El Gobierno ha dictado una ley para protegeros.

—¿Será suficiente una ley para que nos dejen tranquilos? —preguntó ella.

Yukai le habría dicho que no, pero esbozó una sonrisa para animarla y respondió:

—Claro que sí. ¿No confías en mí? —después de asentir la chica, añadió—: A mi lado estarás segura. ¿Te molestaría vivir con un funcionario de la Sede?

—Sabía que no eras un comerciante —rio ella.

Sobre el aparato se encendió el aviso de que la comunicación

estaba a punto de cesar.

—Iré al Gran Astropuerto a esperarte, Larsla. No me hagas desgraciado si tú no bajas de la nave.

Ella asintió.

—Lo haré. Consideraré que me he tomado unas vacaciones y debo volver a la Tierra.

La imagen de Larsla desapareció.

Yukai salió de la cabina. Casi tropezó con la persona que le esperaba. Miró el rostro y meneó la cabeza con desaliento.

—Planificador Kadoroe, es usted la última persona que podía encontrarme a tantos años luz de la Tierra. ¿Ha venido detrás de mí?

Kadoroe le tomó de un brazo. Yukai vio a lo lejos a los guardaespaldas del Planificador, todos vestidos anodinamente y confundidos entre la multitud. Pero él sabía descubrir a un sabueso.

—No se crea tan importante, Yukai. Averiguamos que no había viajado a Alther Tres.

—Si lo saben me ahorraré las sesiones de rayos ultravioletas durante el viaje de vuelta —rio con sarcasmo.

—Me dijeron que estaba aquí cuando la compañía registró su nombre. ¿Tiene prisa por volver? Todavía no han pasado tres meses.

—Estaré en la Tierra cuando falten cinco días para los tres meses. Señor, ¿qué hace usted en Lebaa?

Kadoroe rehuyó los ojos de Yukai.

—Una visita privada, Mayor. ¿Qué tal le ha ido en Hamende?

—Vamos, señor. Usted lo sabe todo. Ha debido recibir un informe hace unos días. El Asesino partió antes que yo.

—¿Se siente defraudado? —preguntó despacio.

—Siento asco, señor.

—Le creía más práctico, señor Yukai.

—Todos nos hemos equivocado.

—Podría retrasar su vuelta, Yukai. Yo debo permanecer en Lebaa unos días. Ah, ya debe saber que se aprobó la ley por la que ha luchado tanto el Gobierno, pero ignora que ahora queremos promulgar otra. En breve los humanoides podrán ingresar en las fuerzas estelares de la Sede.

—Alguien se pondrá histérico —sonrió Yukai por primera vez desde que hablaba con el Planificador.

—Sí, desde luego. El Almirante Laskae ha sufrido un duro revés.

¿Por qué no acepta venir conmigo en mi nave a la Tierra? Sólo perdería unos días.

Yukai se acarició el hombro.

—De ninguna manera. Partiré hoy mismo.

—Como quiera —Kadoroe se encogió de hombros.

—Señor, ¿por qué no se me comunicó que el Gobierno iba a utilizar la Cofradía para liquidar un aliado de Laskae?

—¿Sabiendo lo que usted odia a los Asesinos? —sonrió Kadoroe —. Vamos, Yukai, sea sincero consigo mismo. Ignorando el pacto ha estado a punto de echarlo todo a perder. De todas formas algún día usaremos sus conocimientos para combatir a la Cofradía.

Llegaron hasta la entrada de las salas privadas de espera. Kadoroe tendió la mano al Mayor.

—Nos veremos en la Tierra dentro de un par de semanas. Le deseo un buen viaje, señor Yukai.

—¿Puede informarme de algo, señor?

—Por supuesto, Joron. Usted pertenece al Gobierno. No quiero que piense que pretendemos mantenerle al margen de los acontecimientos. A partir de ahora vamos a necesitarnos todos para seguir manteniendo bien enterrada la crisis. ¿Qué desea saber?

—¿Con la muerte de Mengol y Zotra se ha conjurado el peligro? ¿Ha merecido la pena pactar otra vez con la Cofradía?

Kadoroe apretó los labios. Antes de alejarse, dijo a Yukai con poca convicción:

—Espero que sí.

Joron vio desaparecer al Planificador por la puerta que se cerró cuando entraron los guardaespaldas.

Empezó a caminar hacia la pista de embarque.

—¿Seguiremos trabajando, amo? —preguntó Salomón.

—¿Para acabar con la Cofradía?

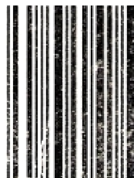
—A eso me refería, amo.

Yukai sonrió.

—Claro que sí. Tarde o temprano la destruiremos.

FIN







EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.